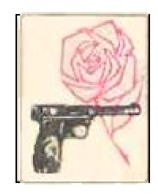


# Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

# La rebelión de los espías

El Jefe de Sector de Nueva York de la CIA recibe el siguiente mensaje: «El agente cubano Cosme Entenza va a asesinar al agente de la CIA Norman Barry mañana por la noche, cuando barry salga de su club. Haré nuevo contacto con ustedes». El mensaje está firmado «Lonespy».

Como es lógico, se avisa a Brigitte que inmediatamente se pone en marcha.



Lou Carrigan

# La rebelión de los espías

## Brigitte en acción - 319

**ePub r1.1**
**Titivillus** 06.09.2017

Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



# Brigitte
# EN ACCION



# Capítulo Primero

Si alguna persona era conocida en el aeropuerto Kennedy, naturalmente uno de los de mayor tráfico mundial de viajeros, esa persona era la señorita Brigitte Montfort, conocida además como la mejor periodista de los Estados Unidos de América, y una de las mejores del mundo.

La imagen bellísima de Brigitte, siempre con poco equipaje, pero siempre con su simpático maletín rojo con florecillas azules estampadas, era archiconocida por los empleados de todas categorías del aeropuerto. Y si alguno, recién incorporado, no la conocía, era puesto bien pronto en antecedentes:

—¡Cómo! ¿Que no conoces a *Miss* Montfort? ¡Muchacho, tú debes de venir de la Luna! Seguramente es la persona que más veces sale o llega de este aeropuerto.

—A lo mejor es una contrabandista.

—¡A lo mejor! —reía el informante—. Pero te diré una cosa: si la señorita Montfort quisiera pasar de contrabando una vaca, nadie le diría nada. Y te diré por qué: ya ni siquiera miran lo que lleva en su equipaje.

—Eso no es lo ordenado.

—No. Pero… ¿quién se molestaría en pasar de contrabando una vaca? Mientras se desarrollaba esta conversación, u otra parecida, los dialogantes miraban a la persona objeto de aquélla: alta, elegante, bellísima, resplandecientes ojos azules, largos cabellos negros suavemente ondulados…, y una barbilla voluntariosa, agraciada con un encantador hoyuelo vertical. Tan sólo verla caminar era ya un regalo para la vista, y hasta el más torpe tenía que darse cuenta de que la señorita Montfort no sólo era bellísima, sino que, además, tenía clase.

—Y además —terminaba el informante—, es simpática. Pero no simpática como esas personas que te sonríen por cortesía y que en

realidad ni siquiera te ven, no… Ella es simpática de simpatía… ¿Comprendes? No te trata con amable condescendencia, sino que te mira de verdad, te escucha, y si ha de sonreír sonríe, y si no, pues no sonríe.

—Parece como si estuvieras enamorado de ella.

—¡Toma…! ¿Y quién no?

En aquel momento, la señorita Montfort pasaba cerca de los dos empleados, el veterano y el novato. Pero, en esta ocasión, la señorita Montfort no saludó al veterano, por la sencilla razón de que ni siquiera lo vio; su mirada estaba fija en un hombre que esperaba en el vestíbulo, y que también la miraba a ella. Un hombre de estatura más bien corta, de calvicie avanzada, ojos de penetrante mirar, vestido con sobria elegancia. Junto a este hombre había otro, más joven, alto, atlético, rubiales, de rostro simpático, que fue el que se acercó al empleado que caminaba un poco por detrás de Brigitte portando la única maleta de ésta; maleta que pasó a poder del atlético rubio, el cual dio una propina al hombre, que ya había captado el gesto de asentimiento de la señorita Montfort. La cual, acto seguido, llegaba ante el otro sujeto, el de pequeños ojos penetrantes.

—Buenas tardes, tío Charlie —saludó Brigitte.

—Buenas tardes. ¿Ha tenido buen viaje desde París?

—Normal. Lo importante es que todo quedó solucionado allí[1]. Ha sido muy amable al venir a esperarme… Hola, Simón.

El nuevo saludo iba dirigido al rubio atlético que se había hecho cargo de la maleta de Brigitte, a la que sonrió, pero un tanto tenso.

—Hola. ¿Está usted bien?

—Yo sí. —Un destello de inquietud apareció en los hermosísimos ojos azules—… Pero parece que alguien no está bien aquí… ¿Qué es lo que ocurre?

—Vayamos al coche —dijo Charles Alan Pitzer, jefe del Sector New York de la CIA.

Minutos más tarde, los tres estaban instalados en el coche, el llamado Simón al volante, y Pitzer y Brigitte en el asiento de atrás. El coche emprendió viaje hacia Manhattan.

Pitzer sacó un sobre y lo tendió a Brigitte, que lo tomó, y miró su anverso; estaba dirigido a Charles Pitzer, en el 1044 de la Segunda Avenida, Floristería. El matasellos era de la propia ciudad

de Nueva York. Brigitte extrajo la hoja doblada que contenía el sobre, y, a la luz de la tarde ya próxima a la noche, leyó el breve mensaje escrito a máquina:

EL AGENTE SECRETO CUBANO COSME ENTENZA VA A ASESINAR AL AGENTE DE LA CIA NORMAN BARRY MAÑANA POR LA NOCHE, CUANDO BARRY SALGA DE SU CLUB. HARÉ NUEVO CONTACTO CON USTEDES.

*Lonespy*

Brigitte Montfort leyó por segunda vez el mensaje, asintió, guardó la hoja de papel en el sobre, y tendió éste a Pitzer, murmurando:

—¿Cuándo recibió usted esta carta?

—Esta mañana. Pero evidentemente, fue cursada ayer.

—Lo que significa que el agente cubano Cosme Entenza se propone asesinar a nuestro Norman Barry esta noche…, suponiendo, claro está, que no sea una broma. ¿Qué dice Norman Barry al respecto?

—Jamás tuvo nada que ver con Cosme Entenza.

—¿Y quién es Cosme Entenza? Quiero decir: ¿lo conocemos, es alguien importante…?

—Es uno de tantos agentes secretos como han desaparecido en estas últimas semanas en Estados Unidos.

—Ah. —Los ojos de Brigitte refulgieron si cabe más interesados que hasta entonces—… ¿De modo que ese Entenza es uno de los desaparecidos? Muy interesante. Sobre todo, en lo que respecta a su… reaparición: nada menos que se propone asesinar a uno de mis Simones. ¿Seguro que no podemos encontrar alguna causa, por lejana o remota que parezca?

—La Central contestó a mi llamada indicando que usted regresaba de París, conforme a la información que habían enviado desde allí, y yo me he apresurado a venir a esperarla antes de tomar ninguna decisión, Brigitte. Y ello porque, estando en peligro la vida de uno de los nuestros, es decir, de uno de sus queridos Simones, me ha parecido conveniente que usted tome parte en el juego. Norman Barry asegura que jamás tuvo nada que ver con Cosme Entenza, y es partidario de afrontar la situación, para intentar cazar

a Entenza y pedirle explicaciones.

—Eso sería muy arriesgado para Barry —musitó Brigitte.

—Sí. Él está esperando en su club que le indiquemos cuál ha de ser su actitud. Naturalmente, podríamos sacarlo de allí sin el menor riesgo, pero, en el fondo, al aceptar seguir la jugada Barry está trabajando para la CIA; un trabajo más. No olvidemos que Cosme Entenza es uno de los agentes secretos desaparecidos últimamente.

—Entiendo. Y puesto que también han desaparecido algunos de los nuestros, y rusos, y chinos, y quién sabe cuántos más, usted ha pensado que si cazamos a Cosme Entenza podemos obtener alguna información sobre tan misterioso asunto.

—Así es. La situación se está poniendo un poco tensa, y sería conveniente encontrar alguna explicación. Como es natural, los rusos desconfían de nosotros, nosotros de ellos, los chinos de todos nosotros, nosotros de los chinos, los cubanos de todos, y todos desconfiamos de los cubanos… Y así estamos hace semanas. Por nuestra parte han desaparecido ya tres agentes: George Singer, Edwin Arlington y Harvey Riley. Sabemos que a los rusos les han desaparecido por lo menos dos hombres, a los chinos otros dos, uno a los británicos, dos a los cubanos…

—Y según la nota del tal Lonespy uno de los cubanos desaparecidos va a reaparecer ahora para asesinar a uno de los nuestros… ¿Quién es este Lonespy?

—Ni idea.

—¿No es uno de los nuestros que utiliza ese nombre para hacer contacto con usted? —Brigitte le miró sorprendida.

—No. Es la primera vez que tengo noticias del tal Lonespy.

—Pero él le ha enviado la carta a la floristería, ¿no es así? Y eso significa que sabe perfectamente que el señor Pitzer, el florista de la Segunda Avenida, es un punto fuerte de la CIA en Nueva York.

—Evidentemente, lo sabe. Pero yo no sé quién es él.

—Lonespy… Es un apellido raro, ¿no le parece, tío Charlie? Naturalmente, usted se ha dado cuenta de que si lo dividimos en dos partes, nos sale un nombre muy curioso: Lone Spy. ¿Seguro que no le sugiere nada el nombre?

—Seguro. Nunca he oído hablar de ningún espía solitario[2].

—Pues resulta un tanto inquietante, porque si él sabe quién es usted puede perjudicarle mucho, si se lo propone.

—No parece que sean esos sus planes. Al contrario, parece que pretende ayudarnos, ya que nos avisa de que un cubano quiere asesinar a uno de los nuestros. Lo que, de ocurrir, empeoraría mucho la ya difícil situación. Ya sabe cómo funcionamos aquí: sabemos que algunos de los diplomáticos de otros países se dedican al espionaje, pero les damos cuerda larga, les dejamos moverse… Nadie engaña a nadie, en realidad. Pero una cosa es vigilarse mutuamente a ver quién es más listo, y otra cosa es andar asesinando adversarios.

—¿Sabe usted si los cubanos están al corriente de los propósitos de Cosme Entenza?

—No, no lo sé. Que sepamos, los cubanos siguen buscando a Cosme Entenza, y al otro agente que también desapareció, un tal Manuel Carreño… Yo he pensado que todos los agentes desaparecidos, tanto nuestros como de otros servicios, han seguido la misma ruta, sea cual sea ésta. Cabe pensar que hayan sido apresados por alguien, y que estén obteniendo determinada información de ellos.

—Es más que posible —asintió Brigitte—: eso explicaría que Lone Spy…, quiero decir Lonespy, supiera quién es usted. Pero si esta suposición nuestra fuese cierta, significaría, a su vez, que Lonespy tenía algo que ver con la desaparición de nuestros compañeros y nuestros colegas.

—Sí, eso he pensado. Por eso, no me fío del asunto, de la información recibida. Temo que Lonespy esté tramando algo peligroso, pero no se me ocurre qué puede ser…, aparte de la muerte de Norman Barry, claro.

—No —movió la cabeza Brigitte, mirando hacia las recién encendidas luces de Nueva York—… No es matar o que maten a Barry lo que quiere Lonespy, tío Charlie. Si fuese eso, no le habría avisado a usted; además, significaría que él tiene definitivamente algo que ver con la desaparición de agentes secretos. Si nos guiamos por la lógica, debemos pensar que Lonespy, en efecto, sabe algo de todo esto, pero que pretende evitar males mayores. Es decir, que a su modo, nos está ayudando. Lo que, a su vez, significaría que está corriendo un riesgo.

—Eso es cuenta suya —gruñó Pitzer—. Todo se le simplificaría mucho si en lugar de enviar una simple nota se hubiese presentado

a mí. Habríamos llegado a un acuerdo.

—Ya lo sé. Pero quizá Lonespy no puede o no se atreve a acercarse a usted, y por eso ha optado por enviarle una carta. Bueno, no creo que valga la pena que nos molestemos en hacer tantas cábalas. Tenemos dos hechos que puede que sean ciertos. Uno: pretenden asesinar, aunque no sabemos por qué, a nuestro Norman Barry. Dos: Lonespy dice que hará nuevo contacto con nosotros. Así pues, tenemos que tomar decisiones sobre ambos puntos. Respecto al segundo punto, todo lo que podemos hacer es esperar ese nuevo contacto por parte de Lonespy, así que vamos a olvidarlo, de momento. Y vamos a concentrarnos en el primer punto: ¿exponemos a Barry para intentar atrapar a Entenza…, o retiramos de la circulación a Barry para que no corra ningún riesgo?

—Barry está dispuesto a correr el riesgo. Es su trabajo.

—Sí, lo entiendo, pero… No sé… ¿Entiendo que Barry está ahora en su club?

—Sí. De momento, optamos por que hiciese vida normal, así que está allí, como muchos días. Voy a insistir en que tratándose de que un Simón se juegue la vida he sentido un gran alivio al enterarme de que usted regresaba, Brigitte. ¿Qué le parece? ¿Sacamos a Barry de su club sin complicarnos la vida…, o lo lanzamos a la calle como cebo?

—Es decir, que usted me carga esta responsabilidad.

—No, no es eso —negó Pitzer—. Yo ya sé lo que haría, pero no quiero que algo salga mal y usted me culpe directamente de la muerte de uno de sus queridos Simones.

—Eso significa que usted seguiría el juego, que haría salir a Norman Barry a jugarse la vida con tal de cazar a ese Entenza.

—Le repito que él está de acuerdo. Además, ya tiene con él un buen equipo de seguridad: está bien armado, tiene un chaleco antibalas…

—¿Y si le disparan a la cabeza?

Charles Alan Pitzer no contestó.

Dentro del coche el silencio se fue prolongando, hasta que Brigitte preguntó:

—¿Qué clase de club es el de Barry, y dónde está?

—Es un clásico club para hombres solos: sauna, gimnasio, biblioteca, bar, comedor, sala de juegos…, todo eso, ya sabe. Está

cerca de Tompkins Square, en la Calle Sexta, casi en el cruce con la Avenida B. Precisamente, el club se llama 6-B.

—Es un mal sitio —murmuró Brigitte—… Hay muchos edificios altos, muchas ventanas… Desde cualquiera de ellas, con un rifle, pueden volarle la cabeza a Barry de un disparo.

—Barry lo sabe muy bien —gruñó Pitzer—. Pero también sabe que si tomamos la decisión de arriesgarlo será porque todo estará… aceptablemente controlado. Tenemos fotografías de Cosme Entenza, naturalmente, y en cuanto apareciese…

—Tío Charlie, yo puedo pasear por la Plaza Roja de Moscú durante todo un día, y aunque me viesen un millón de testigos nadie admitiría luego haber visto a Brigitte Montfort por allí.

—También hemos pensado en eso, en que Entenza puede acudir disfrazado —gruñó Pitzer—… ¡Demonios, ya sé que todo es muy arriesgado, pero tenemos una pista para saber qué está pasando con los agentes que han ido desapareciendo, Entenza es uno de ellos…! Si aparece por allí, sea como sea su aspecto, lo cazaremos. Pero, desde luego, si Barry no se arriesga Entenza no aparecerá.

—Supongo que está usted comunicado directamente con Barry.

—Desde luego.

Brigitte tendió la mano, en silencio, y Pitzer comprendió al instante. De un bolsillo interior sacó una pequeña radio, que puso en la bella mano de la espía más peligrosa del mundo, la agente «Baby» no ya la simpática e inofensiva señorita Montfort. Ésta apretó el botoncito de llamada, y a los pocos segundos brotó una voz de la radio:

—¿Sí, qué hay?

—Buenas noches, Simón.

Hubo un par de segundos de silencio antes de que se oyese de nuevo la voz de Norman Barry:

—¡No tiene usted por qué intervenir en esto, Baby! ¡No veo la necesidad de que se arriesgue!

—Es usted un tipo divertido —sonrió Brigitte—. No soy yo quien va a arriesgarse, sino *usted*.

—Bueno, ya será menos… Si ese cretino aparece lo van a cazar mis compañeros como a un pajarillo.

—¿Antes o después de matarle a usted?

—Mire, Baby, además de agentes de varios servicios, han

desaparecido tres de los nuestros… Yo quiero saber adónde han ido a parar y si están vivos o muertos. Porque si están muertos, eso no va a gustarme nada. *Ni a usted tampoco, ¿verdad?*

—De acuerdo —susurró la divina espía—… Volveré a llamarle para darle instrucciones concretas.

—Un momento, un momento… ¡Ya le he dicho que no quiero que usted se arriesgue por mí!

—Tonterías —dijo Brigitte; y cortó la comunicación.

Devolvió la radio a Pitzer, que la guardó, reflexionó unos segundos, y, por fin, refunfuñó:

—Y todo esto, sin contar con que puede que se trate de una especie de broma.

—¿Una broma?

—Podría ser, ¿no? No sabemos quién es Lonespy, así que no deberíamos, quizás, hacer caso a una nota vulgar y corriente firmada por alguien que no conocemos… ¿Por qué no podría ser una maldita broma?

—Yo no creo que sea una broma —movió la cabeza Brigitte—… Y usted tampoco lo cree, tío Charlie, de modo que vamos a organizarlo todo muy, muy seriamente. ¿De acuerdo?

# Capítulo II

En cuanto a organización, no se podía pedir más, dadas las circunstancias y el lugar. Todo estaba montado de modo que Cosme Entenza pudiese llegar hasta el 6-B Club sin la menor dificultad y sin ver un solo detalle que pudiese hacerle desconfiar. Lo que ya era muy poco probable era que una vez hubiese entrado en el invisible círculo de agentes de la CIA alrededor del 6-B Club, Entenza pudiese salir de él.

Se había tenido en cuenta todo. Si Entenza estaba por allí disfrazado, se pondría en evidencia en cuanto Norman Barry saliese de su club, al atacarlo…, o intentar atacarlo, pues todo estaba preparado para una reacción fulminante. Ésta era la posibilidad menos peligrosa, realmente. La más peligrosa era que Entenza no estuviese por allí, más o menos al alcance de los agentes de la CIA apostados en lugares convenientes, sino que, a su vez, él estuviese también apostado en un lugar oculto que previamente hubiese elegido. En ese caso, a pesar de que todos tenían fotografías de Cosme Entenza, no podrían verlo, ni saber dónde estaba oculto…, hasta que sonase el disparo o disparos contra Norman Barry…

—Es una locura —movió la cabeza Brigitte—… ¡No deberíamos arriesgar así a ese muchacho, tío Charlie!

Dentro del coche, Charles Pitzer miró a Brigitte, que ya no parecía Brigitte Montfort, sino una muchacha desconocida, de rubios cabellos y ojos verdes, pues la espía estaba utilizando el mismo equipo de disfraz que había utilizado en París hacía pocos días.

—Si tanto teme que lo maten, todavía podemos llamarlo al club y olvidar el asunto. Pero decídase pronto, porque según lo acordado con Barry, él está ya a punto de salir a la calle.

Baby miró fuera del coche.

Todo parecía normal, nadie podía sospechar que una docena de

agentes de la CIA estaban apostados en aquella parte de la ciudad esperando a un espía cubano desaparecido semanas atrás…, y que ahora iba a reaparecer para asesinar a un agente de la CIA.

—Debe de estar loco —dijo Brigitte.

—Pues llámele para…

—No. No me refiero a Barry ahora, sino a Entenza. ¿Cómo se le ha podido ocurrir escoger este lugar y esta hora para matar a Barry? Y sobre todo… ¿por qué quiere matarlo? ¿Por qué a Barry?

—Ya le dije que no sabemos nada al respecto. Mire, Brigitte, está usted nerviosa por la suerte que pueda correr Barry, así que lo mejor sería…

—Ahí sale Barry —dijo de pronto Simón-Floristería, que seguía al volante del coche de Pitzer.

Las miradas de Brigitte y Pitzer fueron hacia la puerta del 6-B Club, protegida por una elegante marquesina. Era un club muy agradable; no de millonarios, pero sí de personas discretamente acomodadas, y, sobre todo, de buen gusto.

Barry Norman parecía persona de buen gusto. Al menos, en el vestir. Llevaba un elegante gabán, que le sentaba estupendamente a su figura alta y atlética. La luz se reflejó en sus cabellos rubios, quizás un tanto excesivamente largos, y en su rostro, de un tono solar artificial, de lámpara de rayos ultravioleta. Unos ojos grandes, mandíbula firme, una frente despejada…

—Pero si es muy joven… —susurró Brigitte.

—Acaba de cumplir veintinueve años —informó Simón-Floristería—… No es un niño, me parece a mí.

—No… Un niño, no, pero…

Brigitte Montfort fue la primera en ver aparecer a Cosme Entenza, y la sorpresa la dejó paralizada un instante. Sorpresa justificada, desde luego. El 6-B Club estaba en la planta baja de un edificio de más de doce pisos, al que se accedía por la amplia entrada que estaba a la izquierda de la entrada al club de Barry… Pues bien, de aquel portal, del vestíbulo del mismo edificio donde estaba el club de Norman Barry salió, de pronto, Cosme Entenza, rápidamente, ya con la mano derecha metida bajo la gabardina, hacia la axila izquierda…

En el mismo instante en que Simón-Floristería veía también a Cosme Entenza y lanzaba una exclamación de alarma, Brigitte salía

del coche, esgrimiendo su pistolita de cachas de madreperla y gritando:

—¡Simón, a su derecha…!

Pero al mismo tiempo, Cosme Entenza sacaba su pistola, y la apuntaba hacia Norman Barry. Éste volvió la cabeza, sobresaltado, vio a Entenza, sus ojos se abrieron, su mano derecha comenzó a moverse en busca de la pistola…

Un fogonazo levísimo brotó de la pistola de Entenza, y la bala fue a dar de lleno en el pecho de Barry al moverse éste para dar frente al espía cubano.

El impacto fue tremendo, y Barry salió despedido hacia atrás, manoteando, olvidando su intención de sacar su arma.

Plof, chascó casi al mismo tiempo la pistolita de Brigitte.

Cuarenta metros más allá, quedando demostrada así una vez más la puntería de la espía internacional, Cosme Entenza lanzó un grito mientras su cuerpo parecía ligeramente zarandeado hacia delante, haciendo oscilar la cabeza hacia atrás. Pareció a punto de caer, pero logró conservar el equilibrio y volverse, buscando con la desorbitada mirada a la autora del disparo y del grito de aviso para Barry…

La divisó enseguida, porque era la única persona que había en la calle que no estaba ya corriendo asustada en busca de protección. La pistola comenzó a apuntar a la rubia, que gritó:

—¡No lo maten!

Al mismo tiempo que gritaba, saltaba hacia un lado, dejándose caer de rodillas al suelo sin contemplaciones… La bala disparada por Cosme Entenza crujió por encima de su cabeza y hacia su izquierda, perforando, quemando el aire.

Norman Barry había rodado por el suelo, y ahora, tendido boca abajo, con su pistola en la mano, miraba indeciso a Entenza, que a su vez miraba con expresión súbitamente enloquecida a su alrededor, de uno a otro de la docena de hombres que habían aparecido como por arte de magia…

—¡Entenza! —Le llegó la voz femenina—. ¡Tire su pistola, lo tenemos rodeado!

La cabeza del cubano giró velozmente de nuevo hacia la mujer, todos vieron su vacilación, y, de pronto, se volvió hacia donde estaba Barry tendido en el suelo. Y el agente de la CIA vio en los

ojos del cubano su decisión de disparar de nuevo, ocurriese lo que ocurriese, así que alzó un poco más la pistola y disparó.

El balazo acertó a Entenza en el hombro derecho, haciendo saltar la pistola de la mano y obligando al cuerpo a un gran giro antes de caer de rodillas, de espaldas a Barry, que volvía a apuntarle, mirando la mancha de sangre en la espalda del cubano, producida por el pequeño boquete de la bala disparada por Baby, que estaba gritando de nuevo:

—¡No tiren a matar, lo queremos vivo…!

Cosme Entenza lanzó un rugido extraño, feroz, y se abalanzó hacia donde había caído su pistola, dando trompicones. Se inclinó a recogerla, pero, todavía a cuarenta metros de él, Baby volvió a disparar, y la bala acertó de lleno en la pistola de Entenza y la alejó fuertemente rebotando sobre la acera.

Los agentes de la CIA comenzaron a acercarse rápidamente a él, dispuestos a reducirlo sin hacerle verter más sangre, a capturarlo vivo, que era, en definitiva, el gran objetivo de aquella acción conjunta…

Entonces, apareció el coche negro, doblando la esquina de la Calle Seis a toda velocidad, chirriando sus neumáticos sobre el asfalto, arrancando chispas, mientras otras pequeñas chispas rojas brotaban de sus ventanillas. El grito de advertencia de Baby quedó ahogado por el chirriar de los neumáticos, el tronar de los disparos, los gritos de los agentes de la CIA. Cosme Entenza, tambaleándose como un borracho, comenzó a correr hacia el coche recién aparecido.

Y de pronto, se detuvo en seco, envuelto en una lívida llamarada. Fue horrible y fascinante.

Sobrecogedor.

En una fracción de segundo, el cuerpo de Cosme Entenza se convirtió en una mancha oscura retorciéndose en el centro de la gran llamarada, que brilló como el fogonazo de mil *flashes* a la vez… Fue un resplandor cegador, intensísimo, que iluminó la calle como si la luna hubiese explotado con una luminosidad nueva. Y dentro de ese resplandor ardiente, Cosme Entenza quedó convertido en cenizas en un instante, mientras el coche negro pasaba por entre los desorganizados y no poco sobresaltados agentes de la CIA, que se habían arrojado al suelo de cualquier manera, tapándose los ojos

y cerrándolos fuertemente al mismo tiempo.

Brigitte solamente alzó la mano izquierda para protegerlos del destello cegador, mientras extendía el brazo derecho, apuntando con su pistolita hacia el coche negro, que se abalanzaba hacia ella.

La espía disparó, pero sin ver nada. Desde dentro del coche, también Pitzer y Simón-Floristería dispararon contra el otro coche, pero sin verlo, pues el gran fogonazo los había dejado tan temporalmente ciegos como a la propia Brigitte… Dispararon los tres, pero sólo un par de balas alcanzaron al coche negro, emitiendo sonoros rebotes. Como un monstruo enfurecido, el coche negro pasó zumbando por donde un instante antes había estado Brigitte, cuyo instintivo salto hacia atrás la salvó de ser arrollada, destrozada por el negro vehículo. Cuando la espía rebotó de espaldas en el coche de Pitzer y cayó de nuevo de rodillas sobre el asfalto, el coche negro estaba a más de veinte metros, y lanzado a tal velocidad que en los tres segundos que Baby tardó en recuperar parcialmente la visión estaba ya en el cruce con la Avenida C…, pero tras él partía ya uno de los coches de la CIA con cuatro hombres en su interior…, mientras casi en el centro de la calle, Cosme Entenza era ya sólo una llamarada que se consumía rápidamente.

El coche de la CIA pasó por delante de Brigitte convertido en un bólido, arrancando chispas del asfalto con las ruedas, y la espía pudo ver un instante, apenas como una sombra, al conductor, con las facciones desencajadas. Y de pronto, por delante del coche de la CIA apareció otra intensísima llamarada, arrancando asfalto y fuego. El coche se metió de lleno en la llamarada, chirriaron más fuertemente los neumáticos, perdió la dirección, y fue hacia la fachada de una de las casas de su derecha…

—¡Dios mío! —gimió Brigitte.

Se oyó el fuerte rechinar de los frenos, y el coche de la CIA osciló a derecha e izquierda, llegó a la fachada del edificio, y se incrustó allí, por fortuna ya a escasa velocidad. La portezuela del conductor se abrió bruscamente, y el hombre salió despedido del vehículo, rodando por la acera…

Otro coche de la CIA pasó zumbando frente a Brigitte, sorteó la llamarada que convertía en crema el asfalto, y desapareció en pos del coche negro por la esquina de la Avenida C. Para entonces, Brigitte, Pitzer, Simón- Floristería y otros agentes de la CIA corrían

hacia el coche con el que sus compañeros se habían estrellado contra la fachada. En alguna parte se oían sirenas policiales.

—¡Hay que sacarlos de ahí, hay que sacarlos! —gritaba Brigitte.

—¡Espere! —le gritó un agente—. ¡Ese coche puede explotar de un momento a otro…!

—¡Hay que sacarlos! —gritó ella aún más fuertemente.

Llegó junto al coche, y abrió la portezuela izquierda de atrás, desentendiéndose del conductor, que gateaba sobre la acera alejándose del coche. Enseguida vio a uno de los espías que habían ido en el asiento de atrás, ahora caído de bruces, doblado sobre el respaldo del asiento del conductor. Lo agarró por la ropa, tiró de él, y casi lo sacó del coche con aquel único tirón. Por el otro lado del coche aparecieron varios hombres, que abrieron también las portezuelas y comenzaron a tirar hacia fuera de los cuerpos de sus compañeros. Pitzer apareció junto a Brigitte, y la ayudó a retirar del todo al agente del que ella se estaba ocupando.

El hombre fue sacado por fin del coche, y Brigitte lanzó un gemido al ver su cara convertida en una máscara de sangre. Tanto ella como Pitzer estaban pálidos como muertos, y el resplandor de la segunda llamarada, que todavía ardía en el centro de la calzada, confería a sus rostros una palidez aún más cadavérica. Por el otro lado del coche varios hombres habían conseguido ya sacar a sus dos compañeros, y Simón-Floristería se había hecho cargo del conductor, ayudándolo a caminar para alejarse rápidamente del vehículo.

Norman Barry llegó, caminando como si las piernas se le hubiesen convertido en plomo, y encogiendo los hombros, con un gesto de dolor que parecía irradiar del pecho…

—¿Qué hace usted aquí? —le gritó Brigitte—. ¡Aléjese!

—Sólo quiero…

—¡Aléjese ahora mismo!

Barry retrocedió, no con la rapidez que deseaba Brigitte, indeciso todavía. Brigitte y Pitzer lo hicieron más deprisa que él, arrastrando al agente sacado del coche sujetándolo por las axilas y rebotando sus pies en la acera. Los demás estaban haciendo lo mismo con los otros dos agentes, sin grandes miramientos, buscando ante todo la rapidez de alejamiento…

Hicieron muy bien, porque cuando apenas estaban a unos doce

metros, el coche estalló, y una gran llamarada, ahora roja, dio un cárdeno colorido a todos los rostros, enviando al mismo tiempo una oleada de intenso calor. Una bola de humo negro ascendió súbitamente, y se extendió por la calle… Un patrullero de la Policía Metropolitana llegaba en aquel momento, y, cuando sus dos ocupantes apenas habían tenido tiempo de saltar del coche, aparecían tres más, por diferentes direcciones.

El caos era indescriptible.

—¡Simón! —gritó Brigitte—. ¡Simón, llame al Hosp…!

—¡Ya está llamando uno de los muchachos! —le gritó también Simón-Floristería.

En cuestión de segundos, los patrulleros de la Metropolitana estuvieron ayudando a los agentes de la CIA. Uno de éstos, a una seña de Pitzer, tomó el mando falso de la CIA, presentándose a los policías y haciéndose cargo de todo para no comprometer a Pitzer. Uno de los policías estaba utilizando la radio de su coche para pedir que enviasen a los bomberos allá inmediatamente. Los agentes de la CIA accidentados habían sido colocados todos en un lado de la acera, tendidos en el duro suelo, y Brigitte se dedicaba a examinarlos rápidamente.

Ningún muerto que lamentar. Uno de los agentes se había abierto la frente al estrellarse contra el cristal parabrisas; otro tenía rotas las dos clavículas; otro sólo tenía contusiones tan violentas que, simplemente, había perdido el conocimiento; en cuanto al conductor, se había roto cuatro costillas y apenas podía mover las piernas, pues se había golpeado las rodillas cuando el coche chocó contra la pared… Comenzaba a oírse la sirena de una ambulancia.

—Venga al coche —jadeó Pitzer, tomando de un brazo a Brigitte —… Recuerde que estamos en Nueva York: no debemos mezclarnos en esto, si es posible. No usted y yo, al menos. ¡Vamos, Brigitte, ellos no tienen nada grave!

—Pero no podemos dejarlos así hasta que…

—¡No tienen nada grave! ¡Y ya vienen dos ambulancias!

Tiró de ella, y Brigitte comprendió que era lo mejor. Fueron al coche, donde se reunió enseguida con ellos Simón-Floristería, mirando con expresión tensa a Pitzer.

—¿Nos vamos de aquí, señor? —inquirió.

—¡No nos vamos de aquí! —exclamó Baby.

—Pero si vienen periodistas…

—¡He dicho que nos quedamos!

Simón miró a Pitzer, pero, realmente, no había más que hablar sobre el asunto. Baby estaba en acción, y cuando eso sucedía tomaba automáticamente el mando estuviese donde estuviese del mundo… Y Nueva York no tenía por qué ser una excepción. Tanto Pitzer como su ayudante no sólo sabían esto perfectamente, sino que ya habían aceptado hacía mucho tiempo los deseos de la espía más peligrosa del mundo.

Desde allí, los tres en silencio, presenciaron la llegada de dos ambulancias casi al mismo tiempo, y luego otras dos, que prácticamente llegaron al mismo tiempo que los bomberos. El agente de la CIA que había tomado el mando aparente de ésta, hablaba con uno de los patrulleros, mientras otro de éstos explicaba la situación a los que habían llegado en tres coches más. Los agentes de la Metropolitana se dedicaron, básicamente, a mantener alejada a la gente, que ahora se iba acercando palpitante de curiosidad. Dos patrulleros se colocaron junto al coche de Pitzer, impidiendo que nadie se acercase tan siquiera a echar un vistazo.

La situación se iba controlando. Y fue entonces cuando regresó el coche que había conseguido partir en pos del coche negro. Hubo unas breves explicaciones, y uno de los hombres que había ido en el coche perseguidor se acercó al de Pitzer. Simón le abrió la portezuela derecha, y el agente de la CIA se sentó a su lado, vuelto hacia Pitzer y Brigitte.

—Han escapado —masculló.

—¿No han podido alcanzar un coche? —censuró secamente la rubia espía de los ojos verdes.

—Dejaron el coche en una esquina y desaparecieron a pie. Cuando llegamos junto al coche, estaba vacío.

Brigitte dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—Está bien —murmuró—. De todos modos, investigaremos ese coche negro. Ya sé, ya sé: seguramente fue robado sólo para esta acción, y su propietario no tiene ni idea de lo que han estado haciendo con él, pero algo tenemos que hacer, ¿no?

—Tomé la matrícula —asintió el espía—. Todos sabemos que será perder el tiempo, pero es lógico que lo intentemos.

—¿Vieron a alguno de los ocupantes de ese maldito coche?

—No. Bueno, vimos un momento sus siluetas dentro del coche, antes de doblar una esquina. Nada que pueda servirnos.

—¡Pues sí que estamos bien!

—Lo siento —murmuro el espía.

Brigitte lo miro, y, de pronto, sonrió suavemente.

—Yo también lo siento, Simón. No he querido ser desagradable.

—Ya lo sé —gruño el hombre—. Además, tendría toda la razón. ¡Maldita sea, quince hombres para cazar a uno solo y nos lo quitan de en medio y se burlan de nosotros como si fuésemos niños…! ¡Maldita sea mi estampa!

—Bueno, cálmese. Vaya a dar una vuelta por ahí y venga a darnos luego un parte completo de cómo están las cosas.

El agente asintió, y se alejó. Estuvieron viéndolo ir de un lado a otro. Brigitte encendió un cigarrillo, y luego se quedó mirando el montoncito de ceniza humeante en que se había convertido el cuerpo de Cosme Entenza.

—Napalm —dijo de pronto.

—¿Qué? —La miró el abstraído Pitzer.

—Lo han abrasado vivo con napalm, como si fuese una fiera rabiosa. Y eso, evidentemente, lo han hecho sus propios compañeros… para que no lo cazásemos con vida.

—Sí, eso parece —asintió Pitzer.

—Me pregunto si habrían hecho lo mismo si Entenza hubiese conseguido matar a Barry. Cabe admitir que se habrían limitado a recogerlo y llevárselo, ¿no le parece?

—Lo que me parece es que, cuando menos, tenían previsto el posible fracaso de Entenza.

—Sí… Y hay otra cosa un poco… extraña… ¿Se fijó usted en eso, tío Charlie?

—¿A qué se refiere?

—Cosme Entenza salió del portal del edificio dos o tres segundos, quizá cinco, después de que lo hiciera Barry del club… ¿Cómo interpretaría usted esto?

—Ah, ya veo adónde quiere ir a parar. No, no había reparado en ello, hasta ahora. Pero habría caído en la cuenta, tarde o temprano. ¿Se refiere usted a la oportunidad de la salida de Entenza del interior del edificio?

—Exactamente. Teniendo en cuenta que él no podía estar en el

portal, sino escaleras arriba, y casi más seguro dentro de uno de los apartamentos del primer piso, no pudo ver salir a Barry; ni siquiera desde una de las ventanas, ya que el toldo se lo habría impedido… Lo que significa que alguien avisó de algún modo a Entenza de que Barry acababa de salir. Inmediatamente, Entenza salió del apartamento, se lanzó escaleras abajo, y llegó a tiempo de ver a Barry todavía en la acera.

—Es cierto —asintió Simón—… Tuvieron que avisarle utilizando una radio de bolsillo. Y eso significa a su vez que… que había en la calle alguien a quien, no conocíamos y de quien por lo tanto no podíamos sospechar, esperando que saliera Barry.

—Alguien del coche negro —asintió Brigitte—. Avisó a Cosme Entenza, esperó a verlo salir, y… Bueno, aquí tenemos dos versiones para escoger. Una: corrió hacia el coche y se metió en él con otros sujetos, para pasar inmediatamente a recoger a Entenza con el coche, esperando que en ese intervalo de tiempo Entenza ya habría matado a Norman Barry. Dos: lo mismo, pero sus intenciones no eran recoger a Entenza, sino, de todos modos, abrasarlo vivo como a una bestia, tanto si triunfaba como si fracasaba… Ahí viene Simón: veamos qué nos dice.

El agente de la CIA que había sido encargado de reunir los datos sobre cómo estaba la situación, volvió a sentarse junto a Simón-Floristería, vuelto hacia Pitzer y Brigitte.

—Nuestros heridos no corren peligro alguno. Barry tiene un hematoma espantoso en el pecho, pero es sólo cuestión de tiempo. Desde luego, si no hubiese llevado el chaleco antibalas… Bien, no hay cuidado, por esa parte. Tampoco ha habido heridos entre los transeúntes. Como deben de haber visto, los bomberos se han encargado adecuadamente de nuestro coche incendiado… Nosotros nos encargaremos de las cenizas de Cosme Entenza, a ver qué encontramos…

—No van a encontrar nada —movió la cabeza Brigitte—, pero busquen. Ahora bien, donde quizás encontremos algo será en el edificio del club de Barry. Entenza tuvo que estar en la escalera escondido, aunque lo más probable es que estuviese en uno de los apartamentos del primer piso.

—Buscaremos por ahí. Creo que tenemos algo bueno por otra parte, de todos modos.

—¿A qué se refiere?

—Un sujeto vio a uno de los del coche negro. Dice que lo vio perfectamente, a menos de dos pasos. Se fijó en él porque llegó corriendo de la esquina, bastante alterado, y… ¿De qué se ríe?

Brigitte no reía; sólo sonreía, pero esto ya era suficiente para sorprender al agente de la CIA.

—Sonrío —explicó Baby— porque con esto se está usted quitando la espina de antes, ¿no es así? Perdió una posibilidad, pero puede ofrecerme otra. ¿Cierto?

—Cierto —casi rió el espía—… ¿Quiere que le traiga a ese sujeto?

—Ahora mismo. Y avisen a nuestro mejor dibujante de Nueva York para que nos espere en alguno de nuestros puntos de contacto.

—Ya he pedido a un compañero que avise a nuestro dibujante —guiñó un ojo Simón—… Le traeré a ese sujeto. Se llama Lewis Morley.

# Capítulo III

—Muy bien, señor Morley —le sonrió Brigitte—… ¿Puede usted repetir todo lo que ha dicho antes?

Lewis Morley se pasó la lengua por los labios y asintió. Era un hombre de alrededor de cuarenta y cinco años, mediana estatura, vulgar, con lentes, vestido con una mediocridad increíble. Lucía una densa cabellera agrisada y descuidada. Sus ojos eran pequeños y oscuros, su boca grande y blanda… En cada uno de sus gestos, Brigitte creía adivinar que el pobre hombre estaba más que arrepentido de haberse dado a conocer, de decir nada. Sentado ahora en el centro del asiento de atrás del coche, entre Brigitte y Pitzer, no parecía, ni mucho menos, el ser más feliz de la Tierra.

—Bueno —casi tartamudeó—, como ya expliqué…

—Desde el principio, por favor, si no tiene inconveniente.

—No, no. Bien, yo estaba esperando en el paso de peatones, para cruzar al otro lado de la calle, eso es todo, ¿comprende?

—Lo comprendo perfectamente.

—Sí… Bien, entonces apareció ese hombre. Me fijé en él porque apareció… como si le persiguiese un tigre, ¿comprende? Bueno, se puede decir que casi iba corriendo, y desde luego estaba asustado… O quizá no estaba asustado… Quizá no era eso. ¿Cómo les diría…?

—¿Tenso, preocupado, precipitado? —sugirió la bella rubia.

—¡Sí, eso es…! Y tenía prisa… Precipitado, sí. Bueno, era evidente que algo le preocupaba mucho, y que tenía mucha prisa. Llegó a mi lado, y pensé que se proponía cruzar la calle pese a tener la luz roja, ¿comprende? Pero se detuvo, y lo que hizo fue mover el brazo mirando hacia la otra acera. Yo también miré hacia allí, y entonces vi el coche que ya se estaba acercando…

—¿El coche negro?

—Sí, claro…

—¿El coche había estado estacionado allí mismo?

—Eso no lo sé. Ya les digo que cuando miré, el coche se estaba acercando. Lo mismo podía haber estado estacionado allí que llegar en aquel momento… ¿Comprenden?

—Por supuesto. ¿Qué más?

—Bueno, nada más. El coche se acercó, el hombre saltó a la calzada, corrió hacia el coche, y se metió dentro, en la parte de atrás. En ese momento cambiaban las luces de los semáforos, pero el conductor del coche no frenó, sino que aceleró, y pasó en rojo. Bueno, apenas hacía un segundo que el semáforo estaba en rojo, pero el conductor debió parar, ¿no creen?

—Naturalmente que sí.

—Sí, debió parar… Bueno, si me fijé en el coche fue precisamente por eso. En cuanto al hombre, ya les he dicho por qué me llamó la atención.

—Entendido, señor Morley. Dígame: ¿podría usted describir a ese hombre? Con pelos y señales.

—Bueno…

—¿Qué le pasa? —Gruñó Simón—. Antes iba usted diciendo que lo había visto perfectamente, ¿no?

—Bueno, es que… Miren, yo sólo soy un honrado y tranquilo ciudadano, ¿comprende? Y todo esto…

—Nadie va a complicarle la vida, señor Morley —comprendió Brigitte—. Se lo garantizo.

—Bueno, la Policía siempre dice eso, y luego…

—Nosotros no somos de la Policía.

—¿No? —Lewis Morley abrió mucho los ojos—. ¿Pues qui-quiénes son…?

—Señor Morley —eludió Brigitte una respuesta clara—: yo le garantizo que sólo vamos a molestarle unos minutos. Quizás un par de horas, como máximo, y eso será todo. Ya sé que con la Policía sería diferente, pero puede usted creer en nuestra palabra. Incluso, si le estamos haciendo perder su tiempo, podemos remunerárselo a su gusto… ¿Es eso lo que quiere?

—No, no —se ofendió Morley—… No es eso. Es que luego lo empiezan a molestar a uno…

—Nosotros no le molestaremos. Por favor, sólo queremos que nos diga si sería usted capaz de describir al hombre que vio, con pelos y señales, delante de un dibujante.

—¿De un dibujante? —Respingó el hombre—. ¡¿Son ustedes del FBI?! Ay… ¡Ay, en qué lío me he metido…!

—Ninguno en absoluto —insistió casi sonriente Brigitte—… Nadie más que nosotros va a saber quién dictó el rostro, señor Morley. Y en cuanto lo tengamos, podrá usted marcharse. Ahora bien, si tiene prisa por cumplir algún trabajo, también nosotros nos encargaremos…

—No, no. Ya me iba a casa. Además, vivo solo…

—Bueno —acabó por sonreír deliciosamente la bellísima rubia —, en ese caso no le importará tomar un *whisky* con algunos buenos amigos… ¿Verdad, señor Morley? ¡La soledad es tan triste…!

* * *

No se podía decir, desde luego, que el señor Morley estuviese solo.

Lo habían llevado a un pequeño y confortable apartamento, y, además de la encantadora rubia, y de los hombres que ya conocía, había otros dos hombres en el apartamento. Junto a uno de estos hombres, ambos sentados ante una mesa llena de papeles y lápices, estaba Lewis Morley, dictando el rostro del hombre que había visto. El dibujante de la CIA le iba haciendo preguntas, borrando, añadiendo nuevos rasgos…, mientras el señor Morley, en efecto, degustaba un *whisky* largo con hielo. Un poco más allá, sentada en el sofá, estaba la rubia, que acababa de mostrar sus rodillas: las medias estaban rotas en ese punto, y se veían en la dorada carne algunas despellejaduras. Toda una catástrofe para tan preciosas rodillitas.

—Por fortuna —decía precisamente la rubia—, no hubo que lamentar víctimas entre el público… Ya les dije que era peligroso hacer una cosa así en plena calle.

—¿Cómo podíamos imaginar que ese Entenza fuese tan loco de plantar cara a tantos hombres…, y que fuese a aparecer un coche disparando granadas de napalm? —Gruñó Pitzer.

—Eso es cierto —tuvo que admitir Brigitte—… ¿Todavía no han llamado para decirnos si han encontrado alguna pista de Entenza en el edificio del 6-B Club?

—Pronto sabremos algo. De momento, lo que sabemos es que de Entenza sólo ha quedado un montoncito de cenizas… ¡No me gusta

absolutamente nada este asunto!

—A mí tampoco —murmuró Brigitte—… ¿Se dieron cuenta de que Cosme Entenza actuó poco menos que como un suicida?

—Desde luego su comportamiento no fue normal —farfulló Simón- Floristería—. Al menos, bajo mi punto de vista. Si yo me hubiese encontrado en su situación, me habría rendido en el acto.

—Yo también —asintió Baby—… Y me pregunto qué pudo impulsar a Entenza a reaccionar de un modo tan absurdo.

—Lo que parece evidente —susurró Pitzer—, es que ha sido utilizado por alguien. En mi opinión, podemos descartar ya totalmente la posibilidad de una remota venganza personal contra Norman Barry. El asunto ha sido bien organizado, calculando todas las posibilidades. Un tipo que se dispone a cumplir una venganza personal no lleva con él a otros tipos que si falla lo abrasan vivo con napalm.

—Pues si alguien lo ha utilizado contra Norman Barry, tiene que ser por algo, tío Charlie. Y si nos atenemos a la más estricta lógica, ese algo está relacionado con Barry. Creo que deberíamos echar un vistazo a su expediente completo… ¿Estuvo Barry alguna vez en Cuba, por ejemplo?

—No, nunca. No habla español.

—¿Y los que desaparecieron?

—¿Qué?

—Los que desaparecieron, los otros agentes de la CIA desaparecidos… Quizá no están desaparecidos, sino muertos.

—¿Quiere decir que Barry y ellos tienen algo en común, y que quizás a los otros los han matado pero nosotros no nos hemos enterado?

—Podría ser, ¿no?

—Bueno, sería una cuestión a estudiar si lo mismo que nos está pasando a nosotros no les estuviese ocurriendo también a los rusos, los chinos, los británicos… E incluso a los cubanos. No olvide que Cosme Entenza era uno de los agentes cubanos desaparecidos.

—Eso podría ser un ardid —deslizó Simón—, para desorientarnos. Quizá los cubanos estén tramando algo.

—¿Por qué los cubanos? —Lo miró Brigitte.

—Demonios, ha sido un cubano el que ha pretendido asesinar a Norman Barry, ¿no es así?

—Pero han desaparecido agentes de otras nacionalidades… ¿Quién nos dice que del mismo modo que han utilizado a Entenza no podían haber utilizado a un ruso, un chino, un británico…, e incluso otro norteamericano, como Barry?

Cambiaron miradas un tanto sobresaltadas, y quedaron silenciosos. Brigitte encendió un cigarrillo, y miró hacia Morley y el dibujante. Éste se estaba poniendo en pie, con una gran cartulina en las manos.

—Yo creo —refunfuñó Pitzer, de pronto— que la culpa de todo la tiene ese maldito Lonespy. ¿Por que demonios no nos ha dicho las cosas con más claridad? Es evidente que él sabe perfectamente de qué va todo este sucio asunto…

Pitzer no dijo más.

El dibujante se había detenido frente a él, y le tendía la cartulina, tras cambiar una mirada indecisa con Brigitte, que señaló al viejo espía con el cigarrillo. Pitzer miró la fotografía manual, y lanzó una exclamación al mismo tiempo que lo hacía, junto a él, su ayudante.

—¿Qué ocurre? —se interesó Brigitte.

Pitzer se acercó, y tendió la cartulina a Brigitte, que miró con relativo interés el rostro dibujado de un hombre. Un buen trabajo artístico, pero, evidentemente, Pitzer y Simón habían visto algo más que la calidad del trabajo que reflejaba a un hombre de unos treinta y cinco años, de cabellos cortos, grandes ojos claros quizá demasiado separados, nariz gruesa, boca grande…

La divina espía dejó de contemplar este rostro para mirar a Pitzer.

—¿Y bien?

—Este hombre es Sergei Novek —dijo Pitzer. Baby entornó los párpados, y murmuró:

—¿Un ruso? ¿Uno de los rusos desaparecidos?

—Exactamente.

—¿No podrían ustedes dos estar… equivocados?

La pregunta sólo consiguió que Pitzer y Simón frunciesen el ceño, lo que hizo sonreír a Brigitte, que movió graciosamente la mano que sujetaba el cigarrillo.

—Pido mil perdones. Pero el asunto merece que nos aseguremos completamente, ¿no les parece? Me pregunto si podemos conseguir

alguna fotografía de cámara de nuestro colega soviético. Porque si es así, me gustaría que el señor Morley la viese. ¿Podemos?

—Estaré de vuelta antes de una hora —dijo Simón-Floristería, dirigiéndose hacia la puerta.

La rubia asintió, miró de nuevo la fotografía manual del ruso Sergei Novek, y luego miró a Morley, que la contemplaba con gran curiosidad y atención.

Con un gesto, Brigitte indicó a Morley que fuese a sentarse a su lado en el sofá, y el hombre obedeció prestamente, casi con precipitación.

—Naturalmente, un rostro que luego es identificado no puede ser una invención, señor Morley —dijo amablemente Brigitte—, pero debo insistir. ¿Seguro que éste es el hombre que usted vio?

—Claro que sí. Usted misma acaba de decir que…

—De acuerdo. ¿Vio a alguien más, dentro del coche negro?

—Oh, sí… Creo que había tres hombres más. De eso no estoy seguro…, pero juraría que había tres hombres además de éste.

—Pero de ninguno de esos tres podría dictar su rostro, ¿no es así?

—No, lo siento. Si hiciera eso sí que los estaría engañando, señorita.

—Prefiero que sea así de prudente, señor Morley. Bueno, espero que no le moleste a usted esperar una hora más.

—Ya estoy más tranquilo —sonrió Morley—: no me importa esperar, de veras. Al menos, estoy acompañado. Claro que en mi apartamento tengo la televisión, pero no es lo mismo, ¿verdad?

—Desde luego que no —sonrió Brigitte—. Dígame, señor Morley: ¿por qué lleva usted peluca?

Lewis Morley quedó un instante boquiabierto, como sobresaltado. Luego, bruscamente, enrojeció, y desvió la mirada.

—Bu-bueno, yo… yo… No sé… Es que… Bueno, soy un… un poco… calvo, ¿comprende? Ya sé que no soy un guapo muchacho incluso con peluca, pero sin ella no… no había posibilidad alguna de… de… Bueno, con peluca, a veces todavía consigo… algo.

Los agentes de la CIA presentes no consiguieron disimular del todo su sonrisa, pero sí Brigitte, que asintió con un gesto.

—Así es la vida —comentó—: una cosa tan sencilla como una peluca puede ayudar a mitigar un poco la soledad, ¿verdad?

—Pues… sí —Morley sonrió, muy turbado—… Sí, así es. Ya sé que a muchos les parece una tontería, pero…

—No, no. Vaya, señor Morley, usted no tiene que pedir disculpas a nadie por usar peluca. Pero ya que estamos en esto, le diré que todavía podría mejorar más su aspecto si en lugar de utilizar gafas normales utilizase lentillas.

—Sí —casi tartamudeó Morley—… Ya… ya probé, pe-pero me… me molestaban mucho, así que…

—Eso era porque, quizás, adquirió usted lentillas de baja calidad. Señor Morley, usted está siendo muy comprensivo con nosotros, de modo que yo quiero… compensarle de algún modo.

—¡No quiero dinero! —Respingó Morley—. Si ustedes son del FBI, me considero…

—No se trata exactamente de dinero —negó Brigitte—, pero permítanos hacer algo por usted.

—¿Qué cosa? —Parpadeó Morley.

Brigitte abrió el maletín, y sacó de él un pequeño bloc, del que arrancó una hoja. Escribió en él una dirección, y tras unirla a diez billetes de cien dólares lo tendió todo al estupefacto Morley.

—Vaya a esta tienda de óptica y encargue allí sus lentillas; le garantizo que éstas no le molestarán. Y naturalmente, señor Morley, espero de su amabilidad que no rechace el único modo que tenemos de mostrarle nuestro agradecimiento.

—Bu-bueno, pe-pero esto… es dinero…

—No señor —sonrió la divina espía—: son unas lentillas de contacto de la mejor calidad. Y vamos a cambiar de conversación… ¿Le gusta a usted el Arte, por ejemplo?

—¿El… el Arte…?

—Digamos, entonces, para concretar más, la literatura.

—¡Oh, sí! —Pareció animarse Morley—. Me gusta mucho leer, leo mucho, muchísimo.

—Eso es inteligente por su parte. ¿Qué clase de lectura prefiere?

—Oh, pues…

Cuando Simón-Floristería regresó al peculiar apartamento, provisto de cinco fotografías, Lewis Morley y la bella rubia estaban enzarzados en una interesante discusión sobre sus respectivos gustos en literatura. La llegada de Simón rompió el encanto, hizo regresar a ambos a la realidad.

Brigitte miró las fotografías traídas por Simón, las comparó con la fotografía realizada a mano por el dibujante de la CIA, y luego las tendió a Lewis Morley, sin decir palabra. Apenas vio la primera fotografía del agente ruso Sergei Novek, Morley lanzó una exclamación.

—¡Éste es el hombre! —Casi gritó—. ¡Me apuesto la vida!

—Gracias, señor Morley. ¿Prefiere que lo llevemos en un coche, o tomar un taxi?

—Creo… que prefiero tomar un taxi. ¿Esto es todo?

—Es mucho. De nuevo gracias… Ah, una última cosa: ¿será tan amable de dejarnos su dirección, por si se nos ocurriese más adelante alguna otra pregunta que hacerle?

—Con mucho gusto, claro que sí —Morley sonrió de pronto, y guiñó un ojo—… Le voy a dejar mi número de teléfono. ¡Quién sabe!… A lo mejor, con las lentillas de contacto hasta podría ligar con una chica como usted.

Brigitte rió simpáticamente, agradeció de nuevo la colaboración de Morley cuando éste le anotó la dirección en otra hoja del bloc, y le despidió con un cálido apretón de manos. Un agente de la CIA acompañó a Morley hasta la calle. Cuando regresó, Brigitte estaba dando las últimas instrucciones:

—… apartamento de ese edificio. Entenza tuvo que estar en uno de ellos. También espero informes sobre el cadáver de Entenza; quiero decir informes completos, de forense. Y quiero huellas de la pistola, y una copia del expediente de Norman Barry… Y sobre todo, quiero noticias del estado exacto en que se encuentran nuestros compañeros heridos. Caballeros, les espera una noche divertida. En cambio, para mí, va a ser muy aburrida.

—¿Por qué? —se interesó el dibujante de la CIA—. ¿A qué va a dedicarse usted?

La mejor espía del mundo sonrió deliciosamente.

—A dormir, Simón… ¡Hace cinco días que apenas duermo un promedio de tres horas diarias!

# Capítulo IV

Oyó el timbrazo, abrió los ojos, y se quedó mirando el reloj que había sobre la mesita de noche. Pero no, no era el reloj el que había emitido su timbre despertador. El sonido había sido distinto. Además, no eran todavía las ocho y media, de modo que…

El timbre volvió a sonar. Igor Kopenef sacudió la cabeza, estiró los párpados, y miró hacia la puerta de su habitación en el confortable hotel americano donde se había instalado hacía tiempo; mejor dicho, miró hacia el corto pasillo a cuyo final estaba la puerta.

Saltó de la cama y caminó hacia allí, poniendo un poco de orden en sus cabellos rubios y alborotados; pasó por delante del cuarto de baño, que estaba en el pasillo, y estuvo a punto de entrar para mirarse al espejo, pero la idea le hizo sonreír. ¡Esto era toda una frivolidad americana, sin duda alguna!

—¿Quién es? —preguntó.

—Servicio, señor —oyó la voz femenina a través de la puerta. Kopenef parpadeó.

¿Servicio? ¿Y qué demonios querían? Se miró los pantalones del pijama, ordenó un poco más sus cabellos, y abrió la puerta. Enseguida, y al menos de momento, se arrepintió, al ver a la mujer, que, desde luego, no formaba parte del servicio del hotel. Bastaba ver su elegante vestido matinal por entre el costoso abrigo abierto. Y sus zapatos, sus guantes… Y su rostro hermoso, delicado y firme a la vez. Y sus cabellos rubios tan sobriamente y naturalmente peinados. Apenas maquillaje, estrictamente lo justo para una hora tan temprana.

Y sobre todo, los grandes ojos verdes que le contemplaban entre curiosos y alerta. Unos ojos impresionantes, limpios, que parecían lanzar destellos casi palpables de inteligencia.

Por fin, Kopenef reaccionó:

—Usted no es del servicio —gruñó.

—No del que usted ha creído, desde luego —sonrió todavía un tanto expectante la rubia—, pero le aseguro que pretendo prestarle un servicio, señor Kopenef.

—¿Qué clase de servicio?

—Oh, tampoco es el que usted está pensando ahora —sonrió la rubia—… Es muy temprano para andar en busca de clientes. Aparte de que, se lo aseguro, no soy una chica buscona. Tengo la esperanza de que haya oído usted hablar de mí: Baby, de la CIA.

Igor Kopenef palideció intensa y bruscamente, mientras sus ojos parecían cristalizar en una inocultable expresión de sobresalto. Su boca se abrió y se cerró, pero sin que el agente ruso acertase a pronunciar una sola palabra.

—¿Puedo pasar? —pidió la rubia—. De cuando en cuando es conveniente cambiar impresiones. Precisamente, no hace mucho, lo realicé con un camarada de usted, en París…, y le aseguro que la colaboración entre la CIA y la MVD dio óptimos resultados.

Kopenef se apartó, y la rubia entró en la habitación. El ruso cerró la puerta, se quedó mirando a su visitante, y murmuró:

—De modo que estuvo usted en París… Quiero decir, que ha intervenido en lo que ha pasado allí, referente al asunto iraní, y a su líder religioso Jomeini… ¿Es así?

—Celebro mucho que su cerebro haya recuperado la facultad de funcionar, colega Kopenef. En efecto, ayudé un poquito a que las cosas no explotaran en Irán…, aunque me temo que no sirvió de mucho, ya que la situación vuelve a ser inquietante en Teherán. Pero, en fin, ésa ya es una cuestión interna, de los propios iraníes… ¿Le he despertado, quizá?

—Sí… Pero no importa, no importa.

—Gracias. Supongo que se acostó usted muy tarde dirigiendo a sus camaradas para intentar averiguar qué había pasado realmente en el cruce de la Calle Seis y la Avenida B.

Kopenef sonrió simpáticamente.

—Tengo la impresión —dijo— de que hablar con usted va ser algo así como abrirle mi cerebro. ¿De verdad es usted Baby?

—Sí. ¿Le gustaría saber lo que ocurrió exactamente anoche en el cruce de la Seis y la Avenida B?

—Me gustaría mucho —admitió Kopenef—… Pero pase, pase. Y

siéntese donde guste. Vaya, y ya que está usted aquí: ¿no tendría un cigarrillo?

—Es muy malo fumar en ayunas.

—Sí, lo sé. Pero de todos modos, no espero vivir eternamente. Le agradecería mucho ese cigarrillo.

Baby le ofreció el cigarrillo a Kopenef, encendió otro para sí, y fue a sentarse en una butaca cercana a la cama. El ruso se sentó en el borde de la cama, y se quedó mirándola con cierta ironía, con el cigarrillo colgando de los labios.

Baby lo interpretó con toda exactitud.

—Yo ya he desayunado —dijo, alzando el cigarrillo—, así que puedo fumar.

—Madruga usted mucho.

—Me acosté relativamente temprano, dispuesta a descansar en mi hotel mientras mis compañeros trabajaban para mí.

—Ya. Por lo que dice, está claro que no reside usted en Nueva York: si fuese así, no estaría en un hotel.

—Muy perspicaz —sonrió Baby—. Bien, esta mañana, antes de las siete, he comenzado a recibir información de mis compañeros…

—¿De sus Simones?

—Exacto —sonrió de nuevo la espía—: de mis Simones. ¿Sabe usted quién era el hombre que pereció convertido en una antorcha en la calle Seis?

—Por el momento, no —murmuró Kopenef.

—Se llamaba Cosme Entenza.

Kopenef se quedó mirando fijamente a Brigitte a través del humo del cigarrillo. Por fin, dijo:

—Ah.

—Vamos, vamos, Kopenef, usted sabe muy bien quién era Cosme Entenza, ¿no es así? Mire, o hablamos en serio o voy a dedicar mi tiempo a otras cosas.

—Hablemos en serio —aceptó el ruso.

—Muy bien. Le explicaré lo que sucedió allí, y luego… quizá lleguemos a un buen entendimiento. Veamos, fui avisada de que uno de los agentes cubanos desaparecido, Cosme Entenza, se proponía…

Cuando Brigitte termino la explicación, Igor Kopenef permaneció en silencio unos segundos, antes de murmurar:

—¿Solamente murió Entenza, por tanto?

—Sólo él. Por fortuna, todos mis compañeros están fuera de peligro, y debidamente atendidos. Tengo también un informe forense sobre los restos de Entenza, pero es como si no tuviera nada: el informe indica que se trataba de un hombre blanco que había muerto carbonizado, sin dejar la más remota posibilidad de identificación. Pero no hacía falta, de todos modos, ya que varios de mis compañeros, y yo misma, vimos a Cosme Entenza perfectamente. Estuvimos también en el apartamento que ocupaba en el edificio, y que había alquilado hacía pocos días con el nombre de Roque Atienza, de nacionalidad puertorriqueña. No se encontró allí nada interesante. Ni siquiera encontramos huellas digitales en la pistola con la que intentó matar a mi compañero… Yo le disparé de muy lejos, era de noche… No podía ver bien sus manos, pero después del informe sobre la pistola me parece recordar que sus manos eran demasiado oscuras; seguramente llevaba guantes. Es decir, los llevaba, con toda seguridad, puesto que no apareció ni una sola huella en su pistola.

—Sí, entiendo, entiendo. Pero de todos modos, en definitiva, ustedes identificaron plenamente a Entenza, ¿no es así?

—Plenamente, en efecto.

—Bueno —parpadeó el ruso—…, ¿por qué ha venido a contarme todo eso a mí? En mi opinión, esta entrevista, sería más lógica por su parte si hubiese ido a conversar con algún cubano, ¿no?

—No le he dicho que uno de los hombres del coche negro fue identificado, Kopenef.

—Ah… No, no me lo ha dicho. ¿Puedo saber quién era ese hombre?

—Le he traído algunas fotos de él.

Del bolso, Brigitte sacó las fotografías, y las tendió a Kopenef, que, en cuanto vio el rostro de Sergei Novek alzó la mirada vivamente hacia su visitante.

Su rostro se endureció súbitamente.

—Esto es mentira —jadeó.

—¿Puede usted asegurarlo? Recuerde que su compañero Novek desapareció hace varias semanas… ¿Puede usted asegurar que en su reaparición no ha formado parte de todo este asunto?

—Bueno… No, claro. ¡Pero es mentira! Esto es un invento de

ustedes, de la CIA. No sé lo que están tramando, pero…

—Colega Kopenef: hasta ahora la CIA le ha permitido a usted digamos… operar en Estados Unidos, y concretamente en Nueva York. Claro está, ello forma parte de una… convivencia de mutua conveniencia: todos nos espiamos a todos, y el mejor modo de espiar es dejar que los otros vayan haciendo cosas… Ustedes deben dejar que los nuestros hagan cosas en Rusia, nosotros dejamos que ustedes hagan cosas en Estados Unidos… Es como un juego…, mientras no se produzcan asesinatos, o situaciones de evidente peligro. Después de esta entrevista, usted ya no podrá seguir operando en Estados Unidos, así que esperamos de su buen sentido que se marche. Todo tiene un límite, ¿comprende? Ahora bien, usted puede desconfiar de mí, en cuyo caso puede empezar a preparar su equipaje…, o puede confiar en mí, en cuyo caso trabajaremos juntos, y eso quizá le proporcione a usted un pequeño triunfo con el que regresar a Rusia.

—¿Qué triunfo?

—A ustedes les han desaparecido tres agentes. ¿No le gustaría llevar un informe completo a su Directorio cuando regrese a Moscú?

Kopenef se pasó la lengua por los labios.

—Sí —admitió—, claro que me gustaría.

—Entonces, no tiene más remedio que confiar en mí.

—En el supuesto de que decidiese confiar en usted… ¿por qué tendría que confiar también en la CIA?

—Ésa es una matización muy interesante, y que le agradezco. Pero estamos jugando limpio. La CIA no se ha inventado la intervención de su camarada Sergei Novek en la muerte de Cosme Entenza, se lo aseguro. Vea esto.

Del bolso, Brigitte sacó también la gran cartulina doblada en cuatro, y la tendió al ruso. Éste examinó la fotografía realizada por el dibujante de la CIA, y de nuevo miró a Brigitte.

—¿Esto fue dictado por un testigo? —preguntó.

—En efecto. Fue después de eso que nos procuramos las fotografías de su camarada Novek.

—¿Qué testigo? ¿Quién es?

—Es una persona que no tiene nada que ver con el espionaje. Un ciudadano cualquiera de los Estados Unidos, que dudo mucho hubiera tenido con anterioridad alguna relación con Novek, ni con

nadie dedicado al espionaje. Un hombre de la calle, como suele decirse… ¿Cree que ese hombre pudo inventarse el rostro de Sergei Novek?

—Me pregunto si ese hombre existe realmente.

—Me está usted fastidiando, Kopenef.

—Si yo no veo a ese hombre, o mujer, o niño, o lo que sea, la conversación ha terminado, Baby. De modo que dígame si empiezo a preparar mi equipaje o seguimos conversando… Aunque me pregunto qué objeto tiene esta entrevista, qué es lo que usted espera de ella, de mí… ¿Por qué ha venido a verme a mí?

—Ha muerto un agente cubano, y, al parecer, en su muerte ha intervenido un agente ruso. He pensado que si alguien debe darles alguna explicación a los cubanos, deben ser los rusos…, con los que quizá los cubanos se sinceren más que con los norteamericanos. ¿Me comprende, Kopenef?

—O sea, que con el fin de evitar tensiones, usted recurre a mí para que… negocie con los cubanos un buen entendimiento.

—Por un lado, eso, desde luego. Por otro lado, no olvidemos que el agente cubano quería asesinar a un agente norteamericano…, lo que justificaría una cierta irritación por mi parte con los cubanos.

—Pero, a su vez, si intervino Novek en eso, los cubanos estarán irritados con los rusos, ¿no le parece?

—Bueno —sonrió angelicalmente la más astuta espía del mundo—…, ¿por qué no sostienen usted y los cubanos una amistosa entrevista en la que se den toda clase de explicaciones… y luego me informa usted del resultado de esa entrevista?

—Por todos los demonios —sonrió Kopenef—… ¡Es usted de una astucia escalofriante!

—Sólo trato de evitar fricciones, colega.

—Está bien. Pero insisto: no haré nada si no veo a ese sujeto que dictó el rostro de Sergei Novek. Y ya decidiré yo si me parece un ciudadano americano corriente…, o un agente de la CIA preparado para este juego. Usted tiene que admitir que mi actitud es quizás intransigente, pero razonable.

—Demasiado intransigente, si tenemos en cuenta que bastaría una palabra mía para que usted desapareciese quizá de por vida en alguna prisión americana, Kopenef.

El espía ruso palideció, pero permaneció inmóvil y en silencio,

mirando fijamente a Brigitte, que comprendió que su colega no daría su brazo a torcer.

—De acuerdo —admitió de mala gana—… Me obliga usted a faltar a mi palabra molestando a un ciudadano americano, Kopenef.

—Yo también estoy dispuesto a hacer algo por usted, ¿no?

—Vístase. Iremos ahora mismo a visitar al testigo.

—Puede usted esperarme abajo…

—No. No quiero que se comunique con sus compañeros. Vístase delante de mí y déjese de tonterías. Mientras tanto, yo llamaré por teléfono al testigo… Espero que no haya salido todavía para ir a su trabajo.

—Para vestirme tengo que quitarme antes los pantalones del pijama —sonrió Kopenef.

—Le apuesto un millón de dólares a que no me asusto —sonrió también Baby.

Se puso en pie, se acercó al teléfono, pidió línea a la centralita del hotel, y marcó el número de Lewis Morley… Le disgustaba faltar a su palabra de no molestarlo más, pero esperaba que Morley se mostrase comprensivo. Ella podía empezar por gastarle alguna broma, algo así como ¿ve usted, señor Morley?: ¡ya le llama una chica!

Pero no hizo falta, porque el teléfono de Morley no contestaba. Brigitte colgó, y se quedó mirando a Kopenef, que la miraba con una pizca de sarcasmo. La rubia frunció el ceño, sacó la radio del bolso, y llamó.

—¿Sí? —Sonó en la radio la voz masculina.

—Buenos días, Simón. Estoy llamando a nuestro testigo de anoche, pero no contesta. Supongo que ha salido ya de su casa para ir a trabajar, pero es urgentísimo que lo localicemos.

—Muy bien. ¿Qué quiere que hagamos?

—Vayan dos de ustedes a su domicilio, y pregunten por allí, a los vecinos: quizás alguno sepa dónde trabaja. Espero su llamada.

—*Okay*.

La llamada se produjo unos veinte minutos más tarde, cuando ya Kopenef no sólo se había vestido, sino que se había afeitado, y hasta habían tenido tiempo de conversar puntualizando algunos detalles sobre el asunto…

—¿Sí, Simón?

—¿Está usted sola?

—Pues no —se desconcertó Brigitte—… No. ¿Por qué?

—¿Puedo hablar?

—Desde luego que sí, si es sobre nuestro testigo.

—Se lo llevaron dos hombres anoche, poco después de que él llegó a su apartamento.

—¿Cómo que se lo llevaron dos hombres?

—Se lo llevaron. Tengo aquí a una vecina del testigo, que le vio todo. Dice…

—No, no, no… Espere. ¡Voy para ahí inmediatamente!

Cortó el contacto. Kopenef la miraba ahora más enfurruñado que irónico. Masculló:

—Espero que no pretenderá usted que me crea ese cuento.

—Haga lo que guste —replicó desabridamente Brigitte—. Creí que nos habíamos entendido bien, pero puesto que no es así, puede irse al demonio.

—Esa frase no es muy cortés por su parte —sonrió Kopenef.

—Tiene razón. Voy a ser más cortés: puede usted elegir entre esperar aquí nuevas noticias mías cuando encontremos al testigo… o comenzar a preparar su equipaje.

Sin más, Baby se dirigió hacia la puerta. Kopenef oyó el sonido de ésta al cerrarse, esperó todavía unos segundos, y luego fue al armario, de donde sacó rápidamente su pistola, se la guardó en el bolsillo interior izquierdo de la chaqueta, y fue a su vez hacia la puerta. Sabía que, como agente ruso en Estados Unidos, estaba ya fuera de juego, todo se había perdido. Y perdido por perdido, decidió seguir jugando hasta el final, aunque fuese a la desesperada.

Cuando salió del hotel, todavía pudo ver la rubia cabellera en el momento en que desaparecía en el interior de un taxi. El espía ruso corrió hacia donde tenía estacionado su coche, dispuesto a seguir a Baby. ¡Si al menos pudiese regresar a Rusia con la noticia de que había averiguado la personalidad autentica de Baby…!

No oyó el primer disparo, naturalmente, porque fue efectuado con silenciador, pero sí notó, como un ardiente pinchazo, el impacto de la bala en su pierna derecha, en el momento de dar una zancada. La consecuencia fue que cayó hacia delante, lanzando un grito de dolor, mientras por encima de él otras dos balas crujían secamente.

El agente ruso se revolvió en el suelo, acercándose al borde de la acera, en busca de la protección de los coches allí estacionados. En su mano había aparecido rápidamente la pistola… Tan rápidamente que causó no poco sobresalto en los dos hombres que, pistola en mano, aparecieron en la acera por entre dos coches, evidentemente dispuestos a rematarlo.

Plop, chascó la silenciosa pistola del soviético.

Uno de los hombres lanzó un grito mientras se estremecía fuertemente, y desvió la trayectoria de su caída hacia atrás de modo que fue a caer entre los dos coches. El otro disparó de nuevo contra Kopenef, pero éste ya había cambiado de posición, rodando de nuevo sobre la acera.

Cuando de nuevo se dispuso a disparar, no vio ya a ninguno de los dos hombres. Se puso de rodillas, y a través de los cristales de un coche vio a los dos hombres, uno ayudando al otro, corriendo hacia el centro de la calzada. Farfullando maldiciones en ruso, Kopenef se puso en pie, apuntando ya hacia los dos hombres por encima del coche tras el cual estaba, pero la pierna le falló, y cayó de nuevo de rodillas.

Oyó el frenazo chirriante de un coche en el centro de la calzada, y, comprendiendo lo que estaba pasando, hizo un esfuerzo, consiguió ponerse de nuevo en pie, y buscó el coche… Lo vio en el momento en que la portezuela derecha de atrás se cerraba tras los dos hombres que le habían atacado. El coche reanudó la marcha enseguida, y Kopenef apuntó hacia él con su pistola, pero comprendió en el acto que era inútil disparar.

Lanzando otra maldición en su idioma, dio la vuelta, y continuó caminando hacia su coche, todavía con la pistola en la mano, ocasionando el pánico ante él y dando lugar a gritos y carreras. Sin dejar de farfullar, se guardó la pistola al llegar junto a su coche, se metió dentro, y partió.

Le dolía la herida de la pierna, pero le importaba muy poco. Le dolía todavía más que hubiesen querido tomarle el pelo, y que le hubiese engañado nada menos que la única persona del mundo dedicada al espionaje en la que él podría confiar: la agente Baby.

—La puta que te parió —jadeó entre dientes—… ¡También tú, maldita seas!

# Capítulo V

Era una mujer de mediana estatura, gruesa, fea, con una cabellera estropajosa, el rostro lleno de crema facial barata, y envuelta como un fardo en una bata de franela de mala calidad.

En realidad, todo era de mala calidad allí, empezando por el edificio. No se podía decir que Lewis Morley viviese en un lugar agradable, desde luego. El apartamento encajaba con el edificio deslucido, húmedo, triste… Los agentes de la CIA que habían ido a preguntar por Morley al edificio habían introducido a la mujer que ocupaba otro de los apartamentos, en el de Morley, y allá la había encontrado Brigitte al llegar.

Podía haberse ahorrado el viaje en cuanto a las primeras explicaciones de la mujer, que no podían ser más simples: había escuchado algunos ruidos la noche anterior, después que hubiese apagado ya el televisor, cerca de las once y media de la noche, cuando se disponía a acostarse. Le pareció que los ruidos provenían del pasillo del primer piso, donde estaba su apartamento, y el del nuevo vecino, el tal Morley…

—¿Cómo, nuevo? —La interrumpió Brigitte—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Pues que es nuevo en el edificio… No lleva aquí más que tres o cuatro semanas. Recuerdo al anterior ocupante del apartamento. Era un…

—¿Qué pasó en el pasillo?

—Ah, sí. Bueno, abrí la puerta para protestar, y entonces vi al señor Morley… Parecía borracho. Bueno, eso es lo que pensé de momento, al ver a los dos hombres que lo sujetaban, y que no parecía estar en sus cinco sentidos… Como si estuviese a punto de desmayarse, o algo así…

—¿Le pareció a usted que le habían golpeado?

—No sé… ¡Pero no me gustó aquello! —La voz de la mujer era

baja, resonante—... ¡No me gustó nada! Ni me gustaron aquellos dos hombres. Me asusté..., así que cerré la puerta enseguida. Me había parecido que salían del apartamento del señor Morley, de modo que fui a la ventana, para mirar a la calle. Los vi salir, y meterse en un coche que les estaba esperando... ¡Anoté la matrícula del coche cuando se fueron!

—Ésa fue una muy buena idea, señora Durbin —murmuró Brigitte—... Pero, ¿por qué lo hizo?

—Bueno, pensé que quizás eran amigos del señor Morley, que él no se encontraba bien, y que lo llevaban a algún hospital, o algo así. Pero no... no me gustaban aquellos dos hombres, y por eso tomé la matrícula del coche, porque si el señor Morley no volvía hoy a casa, pensé que debía avisar a la policía.

Brigitte asintió, con gesto aprobativo.

—¿Dónde anotó la matrícula del coche?

—En una revista... ¿La quieren ustedes?

—Por supuesto.

—Está en mi apartamento. ¡Voy a buscarla!

Brigitte le hizo una seña a uno de los Simones, que salió del apartamento de Morley con la señora Durbin. En el tiempo que tardaron en regresar, poco más de un minuto, la espía echó un vistazo por el apartamento, lugar de lo más sórdido y vulgar. Cerca de ella, el otro agente de la CIA la miraba en silencio. Los dos sabían que no valía la pena molestarse en dedicar mayor interés al apartamento.

—Aquí está —reapareció la señora Durbin—... ¿Ve? ¡No tenía nada más a mano, así que lo anoté en esta revista! Pueden quedársela, si quieren: ya la he leído.

—Gracias, señora Durbin —Baby miró la anotación en una página de la revista, y entregó ésta a uno de sus compañeros—... Nos ha sido usted de gran utilidad. Tanto, que no es necesario que avise a la Policía. Dela por avisada: nosotros nos hacemos cargo de esto.

—Pero ¿qué es lo que ocurre?

—Nada que deba preocuparla. Esperamos que muy pronto el señor Morley podrá volver a casa.

—Ustedes no son de la policía.

—No..., no lo somos. Pero créame: podemos encargarnos

perfectamente de arreglar este pequeño asunto. Muchas gracias por todo.

Poco después, Baby y los dos Simones salían a la calle. Era una mañana gris, fría, lo que no contribuía precisamente al buen humor de Brigitte.

—Uno de ustedes se quedará por aquí, por si Morley reapareciese. El otro, vaya a encargarse de organizar la búsqueda de ese coche cuya matrícula nos ha facilitado la señora Durbin. Sería conveniente que supiésemos cuanto antes quién es su propietario.

—Quizá sea robado, como el coche negro de anoche —dijo uno de los Simones—, pero naturalmente, me encargaré de eso.

—De acuerdo. No dejen de llamarme cualquiera de los dos en cuanto sepan algo. Por mi parte, voy a ver si consigo arreglar un poco las cosas con Kopenef.

Se alejó de sus compañeros, y poco después se metió en una cabina telefónica, desde la que llamó al hotel donde estaba alojado el agente ruso Kopenef: quería saber qué decisión había tomado su colega. Pero, naturalmente, no pudo saber eso, y sí se llevó, en cambio, un buen sobresalto cuando escuchó las palabras del conserje del hotel… Si alguien, desde la calle, se hubiese molestado en prestar atención a la persona que ocupaba la cabina telefónica, se habría sorprendido no poco. Cosa rara: dentro de la cabina, una preciosa muchacha rubia estaba hablando…, pero no utilizando el teléfono, que permanecía colgado, sino a su propia mano. Esto habrían pensado, al menos, los curiosos, ya que la radio que estaba utilizando Baby era tan pequeña que quedaba oculta en el hueco de su mano.

* * *

Brigitte alzó la pensativa mirada cuando ante sus piernas aparecieron otras, masculinas; es decir, vio los sólidos zapatos, los pantalones…

—¿Y bien? —preguntó al hombre.

Había más hombres en la habitación de Igor Kopenef, revolviéndolo todo, buscando lo que fuese relacionado con espionaje… Pero Baby, e incluso ellos mismos, sabían que no iban a encontrar nada que valiese la pena. Por eso, Brigitte ni siquiera se

molestaba en ayudar a sus compañeros de la CIA. Había preferido reflexionar, y, ahora, escuchar al Simón que había sido encargado de hablar con el conserje del hotel.

—Más o menos —dijo el espía—, me ha dicho lo mismo que le dijo a usted cuando llamó por teléfono.

—Siéntese —señaló Brigitte el borde de la cama—, y de todos modos dígame lo que le ha explicado el conserje.

—Bueno —Simón se sentó—, él salió a la calle cuando oyó los gritos de la gente, ya sabe. Lo único que pudo ver fue a Kopenef pasando por delante del hotel en su coche, alejándose. Dice que iba muy pálido. Luego, se fue enterando más o menos de lo que había sucedido: dos hombres dispararon contra Kopenef, pero éste iba armado, y replicó a la agresión. Parece que hirieron a Kopenef, pero él también hirió a uno de los otros. Su compañero le ayudó a llegar a un coche que apareció de pronto, y se fueron…

—¿Alguien tomó la matrícula de ese coche?

—Al parecer, no.

—Mala suerte. ¿Qué más?

—Kopenef se fue a su coche, cojeando, se metió dentro, y se fue. Eso es todo. Casi enseguida llegó un coche de la policía, pues evidentemente alguien había llamado al Departamento, pero ya no pudieron saber nada más. Ya sabe lo que pasa en situaciones como ésta: todo el mundo habla, pero casi nadie dice nada que valga la pena.

—Sí, ya sé… No siempre vamos a tener la suerte de encontrar un señor Morley que se fije en las cosas. O una señora Durbin… ¿Sabemos algo de la tienda de óptica?

—No. Dos de los nuestros están esperando allí, por si el señor Morley apareciese para encargar las lentillas de contacto que le obsequió usted, pero no ha aparecido hasta ahora. Nos habrían llamado.

—Claro —refunfuñó Brigitte—… No sé cómo pudieron enterarse, no sé cómo ha podido ocurrir, pero está claro que alguien se ha molestado con el señor Morley, y se lo han llevado…

—Es casi seguro que lo matarán —murmuró Simón.

Brigitte estuvo mirándolo unos segundos, pero sin verlo, y el espía se dio cuenta de ello, así que esperó a que ella terminase de concretar sus pensamientos.

—No —murmuró por fin la divina espía—... No creo que se lo hayan llevado para matarlo. ¿Para qué molestarse? Sólo tenían que acribillarlo a balazos allí mismo, en su apartamento... No creo que quieran matarlo... No me preocupa eso. Lo que me preocupa es saber cómo se enteraron de que el señor Morley tenía algo que ver con todo esto. No tiene sentido.

—Quizá lo vieron algunos amigos de los del coche negro cuando Morley hablaba con la policía, y luego con nuestro compañero. Es posible que incluso lo viesen luego entrando en el coche de usted, y más adelante, cómo lo llevábamos al apartamento... En ese caso, sólo tuvieron que seguirlo, y...

—¿Y esperar que llegase a su apartamento para capturarlo?

—Pues... Bueno...

—No. Es absurdo. Si fuese como usted ha dicho, habrían cazado a Morley en cuanto salió de nuestro apartamento. No tenían ninguna necesidad de seguirlo, esperar que llegase a su apartamento, y capturarlo entonces.

El agente de la CIA no encontró más objeciones que hacer a las reflexiones de la admirada Baby. No le quedó más remedio que admitir, fruncido el ceño:

—Tiene usted razón... Es muy extraño esto.

—A menos —le miró sonriendo secamente Brigitte— que entre nosotros haya un traidor. ¿Qué le parece esto?

Simón palideció levemente, pero enseguida reaccionó, consiguiendo una sonrisa casi divertida.

—Varios de nosotros sabemos quién es la agente Baby... Si alguno estuviese dispuesto a cometer traición, no esperaría a hacerlo en una ocasión en la que ha intervenido un hombrecillo insignificante que, por otro lado, ya nos dijo todo lo que podía decir. Más bien, si yo fuese a convertirme en traidor, la vendería a usted a los rusos o a los chinos por cinco millones de dólares.

—Exacto —sonrió Baby—. Lo que significa que no tenemos ningún traidor en nuestro Sector. Así pues: ¿quiénes y cómo se enteraron de la intervención del señor Morley? Y sobre todo... ¿para qué pueden querer a un hombrecillo pacífico e insignificante?

—No se me ocurre ni la más pequeña idea.

—Pues a mí sí —murmuró Brigitte—. Pero no me gusta.

—¿Qué idea?

—En realidad, no es todavía una idea… concreta, sino una especie de… intuición nebulosa que…

El teléfono sonó, y todos los ocupantes del cuarto volvieron la cabeza hacia la mesita de noche. La primera en reaccionar fue Baby.

—Uno de ustedes que hable ruso —exclamó.

Los agentes de la CIA se miraron unos a otros, y acto seguido a Brigitte, un tanto mohínos.

—¿Ninguno habla ruso? Entonces, usted mismo, Simón. Vamos a probar.

Simón atendió la llamada, desplazándose sobre el borde de la cama.

—¿Sí?

—¿…?

—Sí, soy yo, dígame.

—¿…?

Todos se dieron cuenta del gesto entre sobresaltado e incrédulo de Simón, que exclamó:

—Un momento, un momento… ¿Quién dice usted que ha llamado?

—…

—De acuerdo. ¿Y qué ha dicho?

—…

—Está bien, gracias. —El agente de la CIA colgó, y miró a Brigitte, que le contemplaba expectante—… ¿Quién diría usted que ha llamado al hotel preguntando por Kopenef?

—No sé. ¿Quién?

—Sergei Novek.

El pasmo fue general. Incluso Baby estuvo un par de segundos sin reaccionar.

—¿Novek? —murmuró por fin—. ¿El ruso desaparecido que intervino en la muerte de Cosme Entenza y que escapó en el coche negro?

—No conozco otro Novek. Quería hablar con Kopenef. El conserje le ha dicho que el señor Kopenef no estaba en el hotel, y entonces Novek le ha dejado un mensaje: le esperará esta tarde a las cinco en el banco 22, delante del 49.

De nuevo el pasmo fue general.

Uno de los Simones masculló:

—Bueno, es posible que eso lo hubiera entendido Kopenef, pero no nosotros.

—Y otra cosa —intervino otro—: esto prueba que Novek y Kopenef no han dejado de estar en contacto, aunque sea por teléfono, en todo este tiempo. Se diría que la desaparición de Novek ha sido una jugada de los rusos…, lo que significaría que éstos tienen algo que ver con la desaparición de los demás agentes de otros servicios.

—En definitiva —terminó el que había atendido el teléfono— yo diría que Kopenef no fue sincero con usted…, lo cual no nos sorprende demasiado a ninguno, ¿verdad?

—La pregunta es: ¿qué están tramando los rusos? —deslizó otro Simón.

Brigitte iba mirando de uno a otro, inexpresivo el rostro. Cuando comprendió que, por el momento, habían dicho todo lo que tenían que decir, preguntó a su vez:

—Tengo otra pregunta, queridos: ¿quiénes dispararon contra Igor Kopenef cuando éste salió del hotel?

—Puede que todo eso fuese un truco preparado por él mismo.

—Tengo entendido que le hirieron en una pierna, ¿no?

—Eso pudo ser un accidente.

—¿Y con qué objeto habrían hecho los rusos esa comedia?

—Evidentemente, para desconcertarnos. ¡Si supiésemos qué significa eso del banco 22 delante del 49 podríamos cazar a Novek, y sabríamos por fin algo concreto!

—El banco 22 delante del 49 —murmuró Baby—… ¿Qué les parece que puede ser eso? ¿Un parque, un teatro, un cine…? ¿En qué lugar podríamos encontrar unas filas de bancos en que el 22 quedase delante del 49?

—Habría que estudiar eso. Si organizamos un buen equipo es posible que encontremos la solución antes de las cinco de la tarde, y podríamos cazar a Novek… Eso, suponiendo que acuda, ya que si vuelve a llamar al hotel y le dicen que Kopenef todavía no ha regresado, quizás opte por no acudir a la cita.

—Pero nosotros podemos arreglarlo de modo que el conserje le diga a Novek que pasó su recado a Kopenef, ¿no es así?

—¡Claro! Le diremos al conserje que si el tal Novek vuelve a llamar le diga que pasó el recado a Kopenef. ¡Estupendo! Pero… en

el supuesto de que consigamos engañar a Novek…, ¿dónde está ese banco 22 delante del 49?

—Ustedes no son de Nueva York, ¿verdad? —sonrió Baby.

Los agentes de la CIA se miraron unos a otros, y ninguno contestó, señal de que, en efecto, ninguno era de la ciudad de los rascacielos.

—¿Por qué pregunta eso? —inquirió uno de ellos.

—Es una tontería mía… Ustedes dedíquense a ese rompecabezas. Yo tengo otras cosas que hacer. Naturalmente, si encuentran alguna solución aceptable, avísenme en el acto. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. ¿Seguimos buscando aquí, o nos dedicamos a lo otro?

—No vale la pena que perdamos más tiempo registrando esta habitación. Pero, desde luego, no la perderemos de vista. Organicen todo eso, muchachos. Bien, ¿me necesitan para algo?

Se quedaron mirándola, primero dubitativos, y luego sonrientes, sobre todo cuando uno de los espías contestó:

—Para todo. ¿Qué haríamos nosotros sin usted?

—Es una buena pregunta —sonrió a su vez Brigitte—… Quizá todos la podamos contestar dentro de poco, cuando deje de dedicarme al espionaje.

—¡Usted no puede hacer eso!

—Me temo que no —murmuró la divina—… Hasta la vista.

Un minuto más tarde la encantadora rubia estaba en la calle. Se alejó un poco del hotel, llamó un taxi, y cuando el vehículo se detuvo a su lado abrió la portezuela delantera derecha y miró al conductor, que la contemplaba atónito de admiración.

—¿Tiene usted un plano de Nueva York? —preguntó.

—Lo tengo —reaccionó el hombre—. Pero no hace falta, señorita: dígame adónde quiere ir, y yo la llevo, no importa dónde sea.

—¿Conoce usted bien la ciudad?

—¿Que si la conozco? Bueno, nací en Brooklyn hace cincuenta y dos años… ¡Imagínese!

—Usted es mi hombre —sonrió Brigitte; cerró la portezuela, pasó al asiento de atrás, cerró también aquella portezuela, y dijo—: lléveme al banco 22 delante del 49.

El hombre, que se había vuelto para no dejar de admirarla, abrió la boca, con gesto estupefacto.

—¿Adónde?

—Al banco 22 delante del 49. Si usted conoce Nueva York como he creído entender, tiene que ocurrírsele algo al respecto.

—¿Es alguna nueva broma que hacen las chicas guapas de la ciudad? —sonrió el taxista.

—No.

El hombre se rascó la cabeza. Se volvió hacia delante, puso el taxi en marcha, y arrancó. Tras él, por medio del retrovisor, veía a la rubia, que sonreía un tanto ceñudamente. ¡Vaya una jugarreta! Pero eso le pasaba por hablar demasiado, claro… ¿Por qué no se había limitado a entregarle el plano de la ciudad a la chica, y que ella decidiera? Claro que eso habría sido un trauma para él, porque, realmente, conocía Nueva York como la palma de su mano, tal como suele decirse. Sobre todo, después de veinticuatro años llevando un taxi… El banco 22 delante del 49, el banco 22 delante del 49, el banco 22 delante del 49, el banco 22 del…

De pronto, lanzó una exclamación, desvió el coche hacia la derecha, lo detuvo en doble fila, y se volvió hacia su pasajera.

—Se me acaba de ocurrir algo… ¡Pero quizá sea una tontería!

—Es posible. Pero yo he tomado este taxi precisamente porque es usted de Nueva York, lo que quiere decir que quizá no diga ninguna tontería… Y hasta le apostaría veinte dólares a que se le ha ocurrido lo mismo que a mí.

# Capítulo VI

A las cinco menos cinco minutos de la tarde, un taxi se detuvo en West Street, justo a la altura del muelle 49 sobre el Hudson River y teniendo a su derecha el cruce con la Bank Street. El taxista se volvió hacia la interesante anciana de blancos cabellos que había utilizado sus servicios.

—¿Está bien aquí, señora? —se interesó amablemente.

—Justo aquí quería venir —asintió ella.

Pagó el servicio con una más que interesante propina, se apeó, y estuvo mirando alejarse el taxi. Luego, dando la espalda al muelle 49, se adentró por la Calle Banco; segundos más tarde pasaba ante el número 22 de esta calle, número que correspondía a una pequeña, modestísima librería.

Continuó caminando, despaciosamente, apoyándose en su bonito bastón de empuñadura de plata. Tenía un caminar elegante, y al mismo tiempo gracioso, de pasitos menudos. Tras los redondos cristales de las gafas, los azules ojos lanzaban perspicaces miradas a todos lados. Llegó al cruce de Washington Street con Bank Street, y entonces se volvió. Desde allí, pudo ver, al fondo, el muelle 49. Sonrió levemente, y emprendió el regreso en dirección a West Street. Cuando llegó ante la pequeña librería, no pasó otra vez de largo, sino que, sin la menor vacilación, empujó la puerta de cristal enmarcado, y entró. En lo alto del dintel, sonó una pequeña campanilla.

Un hombre salió de la trastienda a los pocos segundos, y acudió con gesto amable al encuentro de la dama, que estaba mirando los libros dispuestos en las estanterías.

—Buenas tardes… ¿Puedo servirla en algo, señora?

—Ah, sí… Buenas tardes, joven… Quiero *Trópico de Cáncer*, de Henry Miller.

El dependiente, un atractivo sujeto de apenas treinta años, la

miró con cierta sorpresa, pero sonriente.

—Eso es una novela, señora.

—Por supuesto.

—Nosotros solamente vendemos libros de divulgación. De todos modos, si me permite decírselo, la obra que usted ha pedido es un poco… Bueno, ¿cómo se lo diría…? Mmm… Digamos, erótica.

—Lo sé muy bien. ¿Cree que no tengo edad para leer cosas eróticas?

El hombre abrió la boca con gesto de pasmo. De pronto, se echó a reír.

—Supongo que sí, señora, pero…

—Ya está bien —sonó una voz hacia el fondo de la tienda—. No te molestes más. Y usted, señora, venga conmigo.

Los dos se habían vuelto. El dependiente parecía un poco desconcertado. En cambio, la anciana contemplaba impávida a Igor Kopenef, que, enmarcado en el hueco de la cortina, empuñaba una pistola con silenciador, con la que apuntaba a la anciana.

—¿Qué significa esto? —exclamó la anciana—. ¡Es increíble! ¡Ahora va a resultar que son los tenderos los que atracan a los clientes que vienen a…!

—Le digo que ya está bien, Baby —gruñó Kopenef—… Déjese de tonterías y venga conmigo.

La anciana miró al todavía desconcertado dependiente, le guiñó un ojo, y luego se dirigió, con sus menudos pasitos, hacia el fondo de la tienda. Apenas estuvo ante Kopenef éste le quitó el maletín forrado de raso negro, y, con la pistola, señaló hacia la trastienda.

—Tengo ahí dentro tres hombres más. Será mejor que acepte la situación, Baby.

—¿Y cuál es la situación?

—No va a gustarle: voy a devolverle golpe por golpe —miró al dependiente—… Cierra la tienda y termina de prepararlo todo. Nos iremos de aquí en unos minutos.

—¿También es ruso? —preguntó la anciana.

—Sí. Pero no de los declarados en Estados Unidos, como yo y otros que estamos adscritos a diversas misiones oficiales. Como es lógico, ustedes deben de hacer lo mismo en Moscú, por ejemplo: deben de tener personal clandestino, con nombres falsos… ¿Correcto?

—Correcto —sonrió la anciana—. Bueno, Kopenef, vamos a aclarar las cosas. ¿Ha llegado ya Novek?

—Novek no vendrá. No tengo ni idea de dónde está.

Baby miró fijamente un instante a Kopenef, asintió, y se adentró por el corto pasillo, hasta llegar a una salita que servía de cocina y comedor al mismo tiempo. Allí, sentados en sendas sillas, había tres hombres más, que se quedaron mirándola muy atentamente. No era, ciertamente, una situación agradable para la espía que los servicios secretos rusos estaban tratando de identificar hacía ya quince años.

Kopenef señaló un viejo sillón, y Baby se sentó, con gesto que no correspondía en absoluto a una dama cuya aparente edad no era inferior a los setenta años. Como si la conversación no se hubiera interrumpido unos segundos, la espía internacional dijo:

—Bueno, pero él va a venir aquí a las cinco, según yo tengo entendido. ¿No es así?

—Al hotel llamó uno de mis compañeros, haciéndose pasar por Novek —dijo acremente Kopenef, cuya cojera era por demás evidente—. Teníamos la esperanza de que usted aceptase la trampa. Pero como le he dicho, no tengo ni idea de dónde está. Fue mi compañero —señalo a uno de los silenciosos rusos— quien informó de esta cita…

—Pues lo hizo de modo bastante complicado. ¿Cómo se le ocurrió que alguien podía entender que el banco 22 delante del 49 era esta pequeña librería?

—Está usted aquí, ¿no? —sonrió Kopenef—. Suponiendo que sea cierto que usted no es de aquí, alguien tenía que encontrar la solución: no era el banco 22 delante del banco 49, sino el número 22 de la Calle Banco, delante del muelle 49.

—¿Y usted esperaba que yo entendiese eso?

—Estoy tratando con Baby, ¿no es cierto?

—Sí. Pero espero que entienda que Baby no ha venido sola a este lugar. Por ahí fuera hay dos docenas de agentes de la CIA, colega.

—No me importa. Ya lo esperaba, desde luego. Pero si salimos de aquí con usted, nadie disparará, estoy tan seguro de eso como de que algún día todos tenemos que morir. Oh, no: ¡ninguno de sus Simones moverá ni siquiera un dedo si sabe que eso la puede poner a usted en peligro de muerte! De modo que, reteniéndola como

rehén, sé que tendremos vía libre para ir a donde queramos y como queramos.

—De acuerdo. Pero antes, conversemos. ¿Por qué se ha molestado en tender esta absurda trampa?

Igor Kopenef la miró con mal disimulada irritación.

—Durante años, incluso mucho antes de ser destinado a Nueva York, he sentido una gran admiración por la agente Baby. Bien entendido que, como agente de la MVD estaba dispuesto a capturarla en cuanto me fuese posible, sentía por usted gran admiración…, y hasta respeto.

—¿Ya no siente eso?

—Ya no. Usted es tan maldita cerda como todos esos puercos que andan sueltos por ahí diciendo que son agentes secretos. Usted…

—Tranquilícese, camarada. Para hablar así, de modo tan rudo y brutal, debe de tener usted sus buenos motivos, ¿no es cierto? Expóngamelos, y yo le diré si tiene derecho a continuar llamándome cerda.

Los cuatro hombres miraban fijamente, fríamente, a la sosegada anciana. De pronto, Kopenef asintió, se acercó cojeando a la redonda mesa, y tomó de allí una carpeta, con la que se acercó a la anciana.

—Nosotros —dijo fríamente— también tenemos medios para detectar, identificar y clasificar a algunos agentes de la CIA. En esta carpeta, tenemos las fotografías de dos de ellos. Mírelos.

Baby tomó tranquilamente la carpeta, la abrió, y sólo ver al primer hombre fotografiado supo que Kopenef no estaba fanfarroneando, porque lo identificó como a uno de sus Simones destinados en el Sector New York. Al otro no lo conocía, pero no tenía por qué dudar de su personalidad si la del primero era cierta.

—¿Los conoce?

—Conozco a uno de ellos.

—¿Al otro no?

—No.

—Entonces, si no lo conoce, dígame quién le ordenó que, en compañía del que sí conoce, fuesen a por mí esta mañana.

Tras los redondos cristales de las gafas, los azules ojos de la anciana se entornaron.

—¿Fueron estos dos hombres los que le atacaron al salir del hotel? —susurró.

—Sí.

—No lo sabía. Es más: no es cierto.

—¡¿Que no es cierto?! —Casi gritó Kopenef—. ¡Bueno, pues dígame quién me metió una bala en la pierna, y quién estuvo a punto de volarme la cabeza, lo que habrían conseguido si yo no me hubiese tirado al suelo! ¡Dígamelo!

—No fueron agentes de la CIA.

—¡Escuche…!

—Escúcheme usted: si hubiese querido quitarlo de en medio, lo habría hecho personalmente y con toda discreción en su habitación del hotel. ¿Por qué tenía que complicar las cosas, por qué tenía que hacerlo tan… espectacularmente? Si todavía quiere pensar de mí que soy una cerda, de acuerdo. ¡Pero no piense que soy una imbécil!

—¡Nadie ha dicho que sea una imbécil! ¡Sólo es una embustera!
Los labios de la anciana se apretaron un instante.

—He mentido miles de veces, pero no ahora. ¿Quiere que le diga algo que al parecer usted no tiene en cuenta?: el hombre que conozco es uno de los agentes de la CIA que desaparecieron hace algunas semanas. Y si estaba en compañía de este otro, es que este otro también es uno de mis compañeros desaparecidos. ¿No lo sabía?

—¡Déjese de trucos! ¡Ya sé que oficialmente esos dos hombres desaparecieron, pero…!

—Igual que Sergei Novek. Él iba en el coche negro, él fue uno de los que dispararon napalm contra Cosme Entenza. ¿Hizo eso Novek obedeciendo órdenes de la MVD?

—¡Claro que no!

—Entonces…, ¿por qué si Novek actuó por su cuenta no han podido hacer lo mismo estos dos hombres de la CIA? ¿Por qué demonios se permite usted llamarme cerda si mi situación de ignorancia sobre lo que hagan estos dos hombres es la misma que la de usted respecto a lo que haya hecho Sergei Novek? ¿No ha reflexionado sobre el hecho de que tanto Novek como mis dos compañeros, como Entenza cuando quiso asesinar a uno de mis compañeros en la Calle Seis, no están actuando bajo las órdenes de

sus respectivos directorios? ¿No ha reflexionado sobre eso, camarada?

—¡No soy su camarada!

—Gracias al cielo. Me fastidia tener camaradas cretinos.

—¡No soy ningún cretino! A usted le salió mal la jugada de utilizarme para hacer contacto con los cubanos, y entonces fue cuando dio la orden de que sus compañeros me…

—Estos dos hombres, insisto, desaparecieron hace semanas. ¿Cómo podía yo ordenarles nada, si no sabía ni sé dónde están?

—Usted decidió eliminarme cuando yo exigí ver a ese testigo que según usted vio a Novek. Eso es mentira, Novek no intervino en los sucesos de la Calle Seis… ¡Y ese testigo, ni siquiera existe!

—Existe. Pero anoche, apenas regresar a su apartamento, dos hombres se lo llevaron. Alguien vio el coche de aquellos hombres, tomó la matrícula, y esta mañana he sido informada de ello. Estamos buscando ese coche, naturalmente. Cuando lo encontremos espero encontrar también a mi testigo, y podrá usted hacerle todas las preguntas que quiera sobre si vio o no vio a Novek, y cómo es éste. Aunque en mi opinión, todos tenemos preguntas más interesantes que hacernos.

—¿Qué preguntas?

—¿No ha reflexionado sobre lo que está ocurriendo? Fíjese bien: desaparecen agentes de varios servicios, y, de pronto, empiezan a reaparecer. Primero, Cosme Entenza, que pretende asesinar a uno de mis compañeros. Luego, Novek, que abrasa a Cosme Entenza con napalm. Más tarde, dos agentes de la CIA, que pretenden matarlo a usted… Y si va a decirme que la CIA miente respecto a la desaparición de dos de sus hombres, admita que yo también puedo decir que mienten en el mismo sentido ustedes, los chinos, los cubanos, los británicos… ¿Me ha comprendido, Kopenef?

El espía ruso se dejó caer en un sillón, se pasó las manos por la cara, y, por fin, gruñó:

—No entiendo nada de nada.

—Para ser sincera, yo tampoco —admitió Brigitte—. Pero lo cierto es que los agentes secretos desaparecidos están reapareciendo ahora dispuestos a matar a agentes de otros servicios. ¿Qué le sugiere esto?

—No sé… ¿Cree que pueden haberles… lavado el cerebro, o

sobornado…?

—Puede ser cualquier cosa. ¿Le suena el nombre de Lonespy?

—¿Lonespy? No… ¿Quién es?

—Es un apellido poco corriente ¿no? —habló de pronto otro de los rusos.

—En efecto. Podríamos decir que significa Espía Solitario. ¿Esto no les dice nada?

—No.

—Bueno, pues el tal Lonespy fue quien nos avisó a los de la CIA de que Cosme Entenza iba a asesinar a uno de mis compañeros.

—Pero… ¿quién es ese Lonespy?

—Ni idea.

Los rusos cambiaron miradas, y Kopenef gruñó:

—Está intentando burlarse de nosotros, ¿verdad?

—En absoluto. Y para demostrárselo, si lo desean, puedo explicarle cómo han ido las cosas…

—Usted no mencionó a Lonespy esta mañana, en nuestra conversación en el hotel —farfulló Kopenef.

—Bueno —sonrió la anciana—, usted sabe que los espías no decimos casi nunca todo lo que sabemos, Igor. ¿Usted se habría sincerado completamente conmigo, sin antes estar seguro de mi buena fe?

—Está bien, está bien… A ver, explique todo eso.

Baby procedió a la explicación, pero, naturalmente, sin mencionar que Lonespy había enviado su misiva a Charles Alan Pitzer y que por tanto conocía a éste como jefe del Sector New York de la CIA, circunstancia que no era conocida por los rusos, evidentemente. Sólo mencionó a «un jefe de la CIA».

Cuando terminó, Kopenef permaneció inmóvil unos segundos. Por fin, hizo un gesto de impotencia.

—¡No entiendo nada! —exclamó—. ¿Qué es lo que está pasando?

—Tenemos varios canales para obtener una información sensata sobre el asunto —dijo Baby—. Uno de ellos es el propio Lonespy, que quizá se dé a conocer más o menos pronto. Otro, es encontrar a su camarada Novek, o a mis dos compañeros que le han disparado a usted esta mañana. Otro, es encontrar el coche en el que dos hombres se llevaron anoche al testigo. De estas tres posibilidades,

yo diría que la más factible es la tercera, por el momento…, salvo que ese coche fuese también robado, como el que abordó Novek en la Calle Seis. Si esto es así, todos estaremos completamente desorientados…

—No se puede decir que sus Simones sean muy eficaces, ¿no le parece? —Gruñó Kopenef—. ¡En Moscú, nosotros ya habríamos encontrado ese coche!

—Nosotros, en Moscú, también —sonrió la anciana—. A menos que en el tiempo que hace que no he estado allí tengan ustedes ya tantos coches como tenemos en Nueva York, y eso, sin contar las sucesivas ventas de un mismo automóvil, lo que dificulta la búsqueda. De todos modos, si me permiten llamar por la radio, quizá ya tengamos alguna pista.

—¿Dónde tiene la radio?

—En el maletín —lo señaló Brigitte, sobre la mesa, donde lo había dejado Kopenef.

Éste hizo una seña a uno de sus compañeros, que se puso en pie y tomó el maletín.

—De acuerdo: llame.

—¿Vuelve a confiar en mí? —sonrió la anciana.

—Llame.

El ruso entregó el maletín a Brigitte, que lo abrió, sacó la radio, y efectuó la llamada.

—Adelante —oyeron todos.

—Baby en New York. Quisiera…

—¡Baby! Hace varios minutos que la estamos llamando… ¿Dónde está usted, está bien…?

—Cálmese, Simón. No he oído la llamada, eso es todo. ¿Por qué me llamaban?

—Tenemos el coche.

—Me alegro mucho: alguien estaba menospreciando su capacidad profesional. Bien, ¿qué quiere decir que tenemos el coche? ¿El que utilizaron para llevarse al testigo que vio a Novek, supongo?

—Sí. Sabemos a quién pertenece y dónde está, tanto el coche como su propietario.

—Muy bien: deme esos datos.

—Está en un pequeño garaje cercano a una tienda de artículos

artísticos chinos, cuyo propietario es Chen Lao. Quiero decir que Chen Lao es el propietario no sólo de la tienda, sino del coche. Como supongo que va a preguntarlo, se lo diré ya: efectivamente, Chen Lao es un agente chino, al que vigilamos rutinariamente hace algunos meses.

—Esto es fantástico —murmuró Brigitte—... ¡Ahora los chinos! Bien, habrá que...

—Tenemos otra noticia para usted. Nueva de hace apenas media hora, pero esperábamos a informarla porque...

—¿Cuál es esa noticia?

—Bien, allá va... Hace unas semanas desapareció el agente británico Arnold Peale. Esta tarde ha reaparecido.

—¿Qué ha hecho? —exclamó Brigitte.

—Ha matado de dos balazos a un diplomático francés que salía de las Naciones Unidas.

—¡Dios...! ¿Lo han capturado?

—No.

—Pero entonces... ¿cómo saben que era él? ¿Es segura esa identificación?

—Completamente segura. Ha sido identificado por dos diplomáticos Franceses..., y tres diplomáticos británicos que salían conversando con los franceses. En estos momentos, los franceses y los británicos están lanzándose los trastos a la cabeza, pero intentando encontrar alguna... explicación, algo que calme los ánimos de todos.

—Simón, pónganse en contacto con franceses y británicos... Díganles, de parte de Baby, que simplemente cierren la boca, que no se enfrenten, que se separen con calma y buenos modales y que esperen un nuevo mensaje mío. ¿Está claro?

—Desde luego. ¿Y respecto a Chen Lao?

—Yo me encargo de él. ¿Cuál es su dirección exacta?

—El 61 de Pell Street..., en Chinatown, naturalmente. Pero no me diga que va a ir usted sola allá. Ese Chen Lao...

—Ustedes ocúpense de lo que le he dicho. Y eso es todo —cerró la radio sin dar tiempo a Simón a replicar, y miró a Kopenef, que la contemplaba entre pensativo y desconfiado—... ¡Y usted no me diga que todavía está pensando que esto es obra de la CIA!

—No he dicho nada —murmuró el ruso.

—Ah. Bien, si me esperan aquí mismo…

—Mire, no sé si yo no entiendo nada de nada, o usted está loca. ¿Es correcta mi suposición de que usted ha venido sola aquí sin avisar a sus compañeros de esta dirección…?

—Sabía que nos entenderíamos —sonrió la anciana.

—¿Y si no hubiera sido así?

—Bueno, cada cual tiene sus recursos para emergencias, colega.

—¿Quiere decir que se las habría arreglado para salir de esta encerrona?

—Sí.

—¿De qué modo?

Una simpática sonrisa apareció en los labios de la anciana.

—Vamos, Igor… ¿Realmente espera que le explique aunque sólo sea uno de los trucos de Baby?

—No habría podido salir de aquí.

—¿Quiere que se lo demuestre?

Los rusos se miraron unos a otros una vez más.

—¿Por qué no? —sonrió Kopenef—. Sí, nos gustaría.

Igor Kopenef apuntó de nuevo a la anciana con su pistola, y sus tres compañeros hicieron lo mismo, rápidamente. Baby no se alteró en absoluto. Del extremo de la manga izquierda de su vestido sacó un gran pañuelo blanco, con el que pareció secarse unas gotitas de sudor en la frente.

—Si ponen así las cosas —murmuró—, nuestras relaciones van a cambiar, Igor.

—¿En qué sentido? ¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que si me obligan a hacerles una pequeña demostración, ya no voy a concederles beligerancia alguna en este asunto: simplemente, dispondrán de veinticuatro horas para salir de Estados Unidos. Y ciertamente, no serán ustedes quienes lleven un completo informe a su Directorio, sino que lo enviaría yo por mi cuenta cuando lo considerase oportuno… No sería un regreso triunfal en modo alguno. En cambio, si se dejan de tonterías…

—¿Esto es una tontería? —Movió Kopenef su pistola; y los otros tres hicieron lo mismo.

—Vamos, no sean absurdos… Déjenme marchar sin…

—Se lo diré más claro, Baby: nosotros tenemos la pista del chino Chen Lao, y la tenemos a usted, que no ha dicho a nadie que venía

a este lugar. Mucho me temo que si no sale por sus propios medios, le espera un largo viaje… hasta Moscú.

—Ésa sí es una cochinada, Kopenef. A usted sí se le podría llamar cerdo.

—Así están las cosas. Bueno, dejémonos ya de tonterías, y vamos al asunto. Amarradla bien, y nosotros nos ocuparemos de…

Igor Kopenef no dijo nada más. Simplemente, de pronto, sus ojos se cerraron, y quedó tendido en el sillón, mientras sus tres compañeros, en silencio, súbitamente, rodaban por el suelo, como fulminados por un rayo invisible. Y, sentada en el sillón, la anciana los estuvo mirando fríamente…, sin apartar ni un instante de delante de su boca y nariz el gran pañuelo doblado que contenía la compresa antigás.

Durante más de medio minuto, para estar bien segura de que desaparecían los efectos del volátil gas, permaneció inmóvil. Luego, se subió la larga falda oscura, por la parte de delante. En la parte de atrás, sobre la que estaba sentada, vio los diminutos trozos de cristal de las tres ampollas de gas narcótico que había llevado adheridas a la cara interna de una rodilla con esparadrapo, y que había roto presionándolas con la otra rodilla. Arrancó el esparadrapo y los restos de cristalitos adheridos a éste, y lo puso todo en el pañuelo, así como los restos que habían quedado en su falda por la parte interior trasera. Ya todo recogido, guardó el pañuelo, y se miró las rodillas, que, bajo las finas medias, mostraban las leves lesiones producidas la noche anterior.

—Caramba —dijo en voz alta—, espero que esto esté bien para Navidad, cuando él venga a Nueva York…

Se puso en pie, se hizo cargo de su maletín, y salió de la trastienda.

En la tienda encontró al joven y atractivo ruso, que la miró con sorpresa, y enseguida miró detrás de ella… Eso fue todo lo que tuvo tiempo de hacer antes de que la empuñadura de plata del bastón de la anciana le golpease certeramente debajo de la oreja izquierda, privándolo instantáneamente de los sentidos y derribándolo detrás del mostrador… sobre el cual se veían desmontadas las piezas de una pequeña emisora.

—Chocante —movió la cabeza la anciana—… ¡Verdaderamente chocante!

Se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo al pasar frente a las estanterías repletas de libros, que, según el joven ruso, eran de divulgación. Con gesto asaz impertinente, y empuñando ahora el bastón de modo correcto, la anciana fue pasando la punta por los lomos de los libros, como subrayando los títulos. Y de pronto, se detuvo, lanzando una exclamación.

Sacó el libro de la estantería, y miró más de cerca su título: *Asimov's Guide to Science*, de Isaac Asimov, naturalmente.

—Me parece que éste es uno de los que Isaac me envió autografiados —comentó en voz alta—, pero por si acaso, me lo llevo. Espero tener, por fin, tiempo para echarle un vistazo. Nada menos que la Guía de la Ciencia de Asimov… ¡Zambomba, espero entender por lo menos la mitad del libro! Aunque sólo sea para hacerle algún comentario a Isaac cuando volvamos a vernos…

Se dirigió hacia la puerta, pero lo pensó mejor y volvió junto al mostrador. Puso el maletín sobre éste, y guardó allí el libro, tras mirar su precio. Contó escrupulosamente la cantidad, y la dejó sobre las piezas de la pequeña emisora.

Espía, sí. Ladronzuela, no.

Tres minutos más tarde, en la Washington Street, la anciana subía a un taxi, a cuyo conductor le pidió que la llevase lo más rápidamente posible a Chinatown, concretamente, a la Pell Street.

A ver qué decía el chino Chen Lao.

## Capítulo VII

El chino Chen Lao ya no diría nada nunca más. Al menos, en este valle de lágrimas.

Cuando la anciana llegó ante su tienda de objetos artísticos «made in China», hacía unos minutos que una ambulancia se había llevado el cadáver, y una multitud de raza china cambiaba excitados comentarios, manteniéndose discretamente alejada de los policías de uniforme que parecían custodiar la tienda.

—Perdone —se dirigió la anciana a un hombre de raza china—… ¿Qué pasa aquí?

—No sé bien —la miro con curiosidad el chino—… Parece que ha habido un atraco, y alguien ha muerto.

—¿Un atraco?

—Sí —intervino otro chino, casi tan viejo como la dama de los blancos cabellos—… Dicen que han sido dos hombres blancos. Desde luego, el pobre Chen Lao ha muerto. ¡Seguro que sí!

—¿También es seguro que fueron dos hombres blancos los que lo han matado?

—Los vieron salir corriendo, y uno de ellos se estaba guardando una pistola… Eso dicen por aquí, que los vieron muy bien. ¿Es usted clienta de Chen Lao?

—No —murmuró la anciana—… No.

Se alejó, con sus menudos pasitos tan bien calculados, y se quedó mirando hacia la tienda, dubitativa. Todo estaba lleno de chinos, y algunos hablaban airadamente con los policías. En aquel momento llegó otro coche policial, como disparando a todos lados su luz azul giratoria. No, no era conveniente acercarse a los policías para preguntarles nada. Seguramente, sabía más que ellos sobre aquel asunto: evidentemente, Chen Lao no había tenido a nadie que le avisara de lo que se tramaba contra él…

—Señora… Señora…

La agente Baby volvió la cabeza, y se quedó mirando a la mujer china que se había colocado junto a ella.

—¿Sí? —murmuró.

—Me han dado este papel para usted.

*Baby* Montfort bajó la mirada hacia el papel que le tendía la mujer. Un simple papel doblado, eso era todo.

—¿Quién se lo ha dado? —preguntó, sin que pareciese tener intenciones de hacerse cargo de la nota.

—Un hombre. Un hombre con barbas.

—¿Chino?

—No, no. Un blanco.

—¿Está segura que es para mí? ¿Qué le dijo el hombre?

—Me señaló a usted, y me dijo que le entregase el papel.

—¿Quién es ese hombre? ¿Está todavía por aquí?

La mujer se volvió a mirar, estuvo unos segundos buscando entre la masa de gente, y finalmente miró de nuevo a la anciana, moviendo negativamente la cabeza.

—No lo veo… ¿Quiere el papel?

—Sí… Sí, gracias.

La mujer china se alejó cuando Baby se hubo hecho cargo del papel. La espía se acercó más a la luz, desdobló el papel, y leyó rápidamente su contenido, escrito en francés:

> *Los asesinos de Chen Lao han sido Lucien Siry y Fernand Chantal, dos agentes franceses que desaparecieron hace un par de meses. No llegué a tiempo de avisarle.*
>
> *Lonespy*

Baby dobló el papel, y lo guardó en un bolsillo de sus recias ropas invernales de anciana friolera. Estuvo mirando a su alrededor, pero no vio en parte alguna a un hombre de raza blanca y con barbas… Sin embargo, un lento escalofrío recorría la espalda de la anciana. Lo indudable era que Lonespy la había identificado; es decir, que si hubiese querido podía haber asesinado a la agente Baby. Desde cualquier punto de la calle podía haber disparado impunemente contra ella. La cuestión de cómo era posible que Lonespy la hubiera identificado no interesó por el momento a Baby. Había otra cuestión más importante: según todos los indicios,

Lonespy estaba enterado de muchas cosas, especialmente de su personalidad; quizá no supiese que era Brigitte Montfort, pero sí sabía que la anciana era la agente Baby.

¿Cómo podía saberlo?

La deducción fue fácil para la espía internacional… Ella había ido a su escondrijo secreto en Nueva York disfrazada de rubia. De allí, había salido disfrazada de anciana. Hasta aquí, ningún problema, porque ni remotamente Lonespy podía haberla seguido a su escondrijo, ni verla salir. Entonces, sólo había podido verla y comprender que ella era Baby, vigilando la librería donde había dejado dormidos a Igor Kopenef y sus camaradas de la MVD. La había seguido. Por tanto, había llegado allá al mismo tiempo que ella.

Y si así era, ¿cómo podía saber que los hombres que habían matado a Chen Lao eran los agentes franceses Chantal y Siry? ¿Cómo podía haber pretendido llegar a tiempo, si lo estaba perdiendo vigilándola a ella… o a los rusos? La solución parecía simple también: Lonespy tenía a alguien que le ayudaba; alguien que había sido enviado a advertir o proteger a Chen Lao…, pero que no había llegado a tiempo. Pero entonces, si Lonespy tenía a alguien que le ayudaba, ya no merecía el nombre de Lonespy, es decir, Espía Solitario…

Comenzó a caer una fina llovizna, que convirtió el escenario en definitivamente tétrico. La anciana se alejó, caminando siempre con sus pasitos menudos, muy lentos ahora. Para cualquiera, era una mujer que parecía abrumada por el frío húmedo de la noche y por su incapacidad para buscar refugio más rápidamente… Pero, bajo la peluca de níveos cabellos, un cerebro joven, ágil, en plenitud de facultades, estaba trabajando intensamente, acumulando datos dispersos, conjuntándolos, encajándolos unos con otros. Cuando, finalmente, encontró un taxi libre en el cruce de las calles Mott y Canal, el joven cerebro había tomado ya una decisión. Dio al taxista la dirección deseada, y quedó silenciosa, de nuevo pensativa, repasando sus anteriores conclusiones y sospechas.

Veinticinco minutos más tarde, se apeaba del taxi, y entraba rápidamente en el portal del edificio que le interesaba. Ni siquiera se había molestado en comprobar si algún coche seguía al taxi que ella había utilizado.

Llegó al primer piso, y, utilizando una de sus ganzúas que sacó del maletín, abrió la puerta del apartamento de la señora Durbin, la mujer de cabellos estropajosos que había sido testigo del secuestro de Lewis Morley, testigo a su vez de la intervención del agente ruso Novek en la encerrona contra el americano Norman Barry y la muerte del cubano Cosme Entenza envuelto en la llamarada de napalm… Era como si todos los espías se hubiesen vuelto locos, como si todos se hubiesen rebelado… ¿contra qué o contra quién? ¿Qué había motivado aquella rebelión, aquella furia en matarse unos a otros?

Tal como había sospechado, la señora Durbin no estaba en su apartamento. Y ni siquiera se molestó en registrarlo. Y mucho menos en ir al de Morley.

Todo lo, que hizo Brigitte Montfort fue sentarse en un mugriento sillón, y encender un cigarrillo. No había encendido la luz ni por un segundo, y no parecía tener intención de hacerlo. Desde la calle, por la ventana a través de la cual la señora Durbin había visto el coche cuya matrícula tomó, y que resultó ser propiedad del chino Chen Lao, llegaba el resplandor de las luces, acrecentado por el reflejo en la lluvia, que era ahora más intensa.

Terminó el cigarrillo, lo dejó caer al suelo, y lo aplastó con un pie, meticulosamente.

De alguna parte del edificio, muy amortiguada, llegaba música. Sonrió secamente al identificar la canción: «I'd a hearth», en la inconfundible voz de Bonnie Tyler.

Habían pasado quince minutos. Veinte.

Treinta…

El fino, finísimo oído de la espía internacional captó el sonido de las pisadas al otro lado de la puerta del apartamento, en el pasillo, a pesar de que la lejana música proseguía en alguna parte. Oyó el girar de la cerradura. La puerta se abrió, la luz se encendió…

La señora Durbin entró en el apartamento, un poco más arreglada de aspecto que cuando la viera la primera vez allí mismo. La desagradable mujer se quedó mirando a la anciana sin sorpresa alguna; sólo sonrió, levemente.

—Ha llegado usted muy deprisa —dijo—… Siento haberla hecho esperar.

—No se preocupe por eso —contestó amablemente la anciana.

La señora Durbin caminó hasta quedar a un metro de Baby, que continuaba sentada en el sillón, mirándola con visible curiosidad, con gran interés.

La Durbin sonrió de pronto.

—La verdad es que ni siquiera tenía la seguridad de que vendría usted.

—¿Pero lo deseaba?

—En el fondo, sí. Francamente, estaba necesitando un cerebro de óptima calidad.

—Si le sirve el mío…

—Espero que me servirá. Hasta el momento me está pareciendo muy satisfactorio. Me sentía un poco hastiada de la búsqueda. Cuando los demás espías hablaron de usted me pareció poco probable que una mujer pudiera dar tanto de sí, pero según parece me equivoqué. De lo cual me siento satisfecha. ¿De verdad ha comprendido toda la jugada?

—Más o menos —asintió la anciana—. Lo que no he comprendido todavía es qué se propone usted, señora Durbin. ¿O debo llamarla Lonespy? ¿O le gusta más el nombre de Lewis Morley?

La señora Durbin se echó a reír.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Verdaderamente, es usted lista, vaya que sí! En el fondo, sabe más de mí que yo de usted, pues yo no he conseguido saber su verdadero nombre hasta ahora.

—Consuélese: yo tampoco sé el verdadero nombre de usted. De modo que dígame cómo prefiere que le llame: ¿Morley, Durbin, Lonespy?

—Bueno, dadas las circunstancias creo que debemos dejarnos ya de extravagancias. Llámeme Lonespy.

—Lo que no deja de ser una extravagancia más.

La extraña mujer del cabello estropajoso volvió a reír.

—¡Tiene razón! —asintió—. Pero si yo estoy dispuesto a llamarla a usted Baby, espero que acepte el juego y me llame Lonespy.

—Me parece justo. Bien, Lonespy: ¿cuál es la jugada? ¿Qué es lo que se propone usted exactamente y qué espera de mí?

—Preguntas concisas y concretas —aprobó Lonespy—: me gusta usted, Baby. Dígame: ¿es usted realmente Baby? No, no, perdone,

retiro esa estúpida pregunta. La formularé de otro modo. Veamos… ¿Realmente ha hecho usted en su carrera de espía todo lo que me han dicho?

—¿Qué le han dicho?

—¡Oh, tantas cosas…! Podríamos resumirlas diciendo que no ha existido jamás en el planeta Tierra una espía de su… eficacia, su inteligencia, su astucia, su audacia…

—Me está usted abrumando, Lonespy.

—¿Es usted todo lo que dicen que es?

—La modestia no ha sido nunca uno de mis defectos, de modo que le diré que seguramente sus informadores se han quedado un poquito cortos: soy lo que le han dicho, y más, mucho más. Mire, Lonespy, en más de quince años de espionaje he estado a punto de morir cientos de veces, he conocido toda clase de tipos, he pasado por todas las circunstancias que usted pueda imaginar. De modo que dudo mucho que usted pueda sorprenderme, sea lo que sea lo que esté tramando. De manera que dejémonos de tonterías y vamos directos al asunto. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, de acuerdo. Vámonos.

La anciana se puso en pie, y se dirigió hacia la puerta, seguida por la sorprendida mirada de la Durbin.

—¿No pregunta adónde vamos? —inquirió.

—Ya lo sabré. Por otro lado, es indudable que usted tiene la seguridad de que yo iré allá, sea a donde sea. Se ha presentado ante mí solo y sin temor, pese a que le habrán explicado claramente que no es fácil jugar conmigo. Considerando esto, y que no le creo tonto, es obvio que dispone usted de un triunfo sobre mí. Muy bien, yo acepto su triunfo en esta vuelta de la partida.

—Pero… ¿no quiere saber cuál es ese triunfo?

—Ya lo sé —le miró fríamente Baby—: tiene usted en su poder a tres compañeros míos de la CIA, a tres Simones; concretamente, los tres que desaparecieron hace algunas semanas, y cuyos nombres, que habría preferido no conocer, son Edwin Arlington, George Singer y Harvey Riley. Y por supuesto, si yo no le sigo el juego, los matará. ¿Es eso?

—Admirable —movió la cabeza Lonespy—… ¡Admirable! ¿Y no teme que la mate a usted si…?

—Dejémonos de tonterías, ¿quiere? Si quisiera matarme, ya lo

habría hecho. Usted me necesita viva. Necesita un cerebro de primera categoría, y ese cerebro es el mío. De modo que dejemos de ser ingeniosos y agudos, vamos a donde sea, y sigamos la partida.

—Muy bien —dijo secamente Lonespy.

Se acercó a la puerta, la abrió, y se apartó. La anciana salió del apartamento. Segundos después, ambos salían a la calle, donde ahora llovía furiosamente… Pero no había problema. Sólo se mojaron el tiempo que tardaron en recorrer la distancia desde el portal al coche que apareció inmediatamente. Entraron los dos en el asiento de atrás, y el coche reanudó la marcha. En el asiento delantero, además del conductor iba otro hombre, que se volvió a mirar con curiosidad a la anciana.

—¿Es ella? —preguntó.

—Claro. ¿Lo conoce usted a él, Baby?

—No.

—En ese caso, permítame presentarle al agente ruso Iulian Resminov. El conductor se llama Manuel Carreño, agente cubano.

—Es un placer —rió el ruso.

—¿Cómo está usted, señora? —se interesó Carreño.

La anciana miró a Lonespy, sin contestar al saludo entre amable e irónico de los dos hombres.

—No es cierto —dijo.

—¿A qué se refiere? —se interesó Lonespy.

—Ni el que dice llamarse Resminov es ruso, ni el que dice llamarse Manuel Carreño es cubano.

—¡Cómo! ¿Duda usted de mi palabra? Le aseguro que si estos dos hombres fuesen vistos por sus respectivos compañeros serían inmediatamente identificados como Iulian Resminov y Manuel Carreño.

—¿Del mismo modo que los de la CIA identificamos en la Calle Seis al cubano Cosme Entenza?

Lonespy lanzó una exclamación, y se quedó mirando con incontenible admiración a la anciana.

—Increíble —pudo murmurar por fin—… ¡Su cerebro trabaja a una velocidad desconocida para mí!

Baby no contestó. Se sentía aburrida de aquel intercambio de genialidades.

Había comprendido ya parte de la jugada… Lonespy, que había

asumido también la personalidad de Lewis Morley y de la señora Durbin, disfrazándose de modo más que aceptable, había estado en todo momento controlando, dirigiendo la operación. Cuando se dio a conocer en la Calle Seis, todo formaba parte de su plan: quería que la CIA llegase a la conclusión de que el agente ruso Sergei Novek había estado en el coche negro. Asimismo, cuando fueron a buscar a Lewis Morley les contó el cuento de que dos hombres se habían llevado a Morley, cuando en realidad Morley era él mismo…, en su papel de señora Durbin, y su objetivo era mencionar el coche de Chen Lao a fin de que la CIA creyese que los chinos también intervenían en aquel asunto, fuese cual fuese éste.

También, por supuesto, había dirigido el ataque fingido contra el ruso Igor Kopenef, a quien posteriormente había seguido o hecho seguir por sus hombres hasta la pequeña librería del número 22 de Banco Street, frente al muelle 49. Y ni por un momento dudaba de que era el director de aquel ataque efectuado por el agente británico Arnold Peale contra el diplomático francés muerto a la salida de la ONU.

Es decir, que estaba utilizando a agentes rusos para que quemasen con napalm a un agente cubano después de que este agente cubano intentase matar al agente de la CIA Norman Barry. Luego, había pretendido hacerla creer, a la espera de que ella fuese comprendiendo la verdad, que dos chinos había intervenido, llevándose a Lewis Morley, y poco después, por la mañana, dos supuestos agentes norteamericanos disparaban contra el ruso Igor Kopenef. Más tarde, un agente británico mataba a un diplomático francés y luego, le enviaba a ella una nota diciéndole que habían sido dos agentes franceses quienes habían matado al chino Chen Lao…

La conclusión a que debían llegar unos y otros era que los espías desaparecidos se dedicaban a asesinar agentes de otros servicios, y diplomáticos…, por el momento. ¿A quién más se dedicarían a matar los espías desaparecidos? Espías que, considerando que actuaban con libertad, se podía descartar que hubiesen sido secuestrados. Había que pensar que habían desaparecido por propia voluntad, que se habían rebelado, para dedicarse al asesinato de colegas y diplomáticos…

En un principio, la agente Baby se había preguntado qué podía

impulsar a los agentes desaparecidos a reaparecer matando o intentando matar a colegas y diplomáticos, qué les había impulsado a aquella rebelión.

Ahora, después de haber oído hablar a quienes Lonespy le había presentado como el ruso Iulian Resminov y el cubano Manuel Carreño, la pregunta del principio había sido borrada de la mente de Baby, porque estaba segura de que ni Resminov era ruso ni Carreño era cubano.

Y sin embargo, estaba segura de que Lonespy tenía razón: si los dos hombres que iban delante de ella en el coche fuesen vistos por sus respectivos compañeros de servicio, serían identificados como Resminov y Carreño.

Sin embargo, ni eran Resminov ni Carreño… Es decir, que ni Resminov era ruso, ni Carreño cubano, ella podía saber esto tan sólo oyéndoles pronunciar unas palabras.

Pero entonces, si no eran ni ruso ni cubano, ni Resminov ni Carreño… ¿cómo podía estar seguro Lonespy de que serían identificados como tales? Y lo mismo con Cosme Entenza: todos habían identificado a Cosme Entenza cuando apareció dispuesto a matar a Norman Barry a la salida del 6-B Club.

El rostro de Entenza había sido visto a la perfección… Pero…

Pero no se había podido comprobar su identidad de modo definitivo, ya que había muerto convertido en cenizas. Y antes de morir no había dejado huella alguna, ni en el apartamento que había estado ocupando esperando el aviso de que Barry había salido a la calle, ni en la pistola que había utilizado, ya que en todo momento había tenido puestos unos guantes. ¿Cuál era el objetivo de aquellos guantes? Pues, sencillamente, que Cosme Entenza no dejase huellas digitales en ninguna parte, ni siquiera en la pistola. Pero, ¿acaso no era absurdo no dejar huellas cuando, al fin y al cabo, todos iban a ver su rostro?

La solución era simple por demás, ateniéndose a la más elemental lógica: Cosme Entenza había recibido orden de estar siempre con los guantes puestos a fin de no dejar ninguna huella porque, de haberse obtenido huellas de él, la CIA habría podido comprobar, más pronto o más tarde, que dichas huellas digitales no correspondían a Cosme Entenza.

Es decir, que el hombre que había aparecido como Cosme

Entenza no era Cosme Entenza, aunque tuviese la cara de Cosme Entenza.

Y del mismo modo, los dos agentes que Kopenef había identificado como norteamericanos cuando dispararon contra él, no eran norteamericanos; ni había sido el británico Arnold Peale, el auténtico Arnold Peale, el que había matado al diplomático francés; ni habían sido los auténticos agentes franceses Chantal y Siry quienes habían matado a Chen Lao en su tienda. Mas… ¿cómo probar esto, si todos habían escapado después de llevar a cabo sus ataques?

Es decir, todos menos Cosme Entenza.

La cabeza de la anciana se volvió hacia Lonespy.

—Usted tenía proyectado desde el primer momento eliminar a Cosme Entenza, ¿no es así? —murmuró—. Quiero decir, al hombre que colocó en la Calle Seis con el rostro de Cosme Entenza.

—Así es —sonrió Lonespy.

—Y todo ello, para asesinar a un Simón, sabiendo que tras eso mi intervención, la intervención de la agente Baby, no se haría esperar.

—En efecto. Tanto si era para vengar a Barry, como si era para emprender la búsqueda de los otros tres, sabía que usted ya no podría dejar de intervenir directamente en el asunto. El plan requería el sacrificio de Cosme Entenza, así que lo sacrifiqué.

—Seguro que aquel pobre hombre no esperaba eso. Naturalmente, él no sabía que usted mismo, su jefe, lo había delatado para ofrecer su quemado cadáver como pista, para que yo entrase de una vez en el juego de las desapariciones de agentes de la CIA. Y ni remotamente pudo llegar a pensar que era utilizado sólo como un muñeco, que sería quemado después de utilizado.

—Exacto.

—Pero aquel hombre no era Cosme Entenza, el auténtico agente cubano, del mismo modo que estos dos no son los auténticos Manuel Carreño y Iulian Resminov. Del mismo modo que no eran auténticos agentes norteamericanos los que dispararon contra Kopenef, ni era el auténtico Arnold Peale el que esta tarde mató un diplomático francés, ni han sido los franceses Siry y Chantal los que han matado a Chen Lao…

—Exacto.

—Pero entonces… ¿dónde están los auténticos agentes secretos de diversos servicios que han estado desapareciendo durante las últimas semanas?

—Pronto llegaremos —dijo apaciblemente Lonespy—… Ha sido todo un poco complicado y laborioso, pero lo he conseguido. Mi triunfo era muy pobre: sólo había conseguido caras de espías… Ahora, gracias a usted, conseguiré, por fin, cerebros de auténticos espías de primerísima calidad.

—¿De qué modo?

—Descansemos ahora. Todavía falta más de media hora para llegar, y entonces vamos a tener mucho trabajo.

# Capítulo VIII

El coche se detuvo finalmente, y Lonespy, tras mirar a la anciana, señaló hacia el blanco edificio que ésta contemplaba con indiferencia.

—Es una clínica privada.

—Eso me ha parecido.

Salieron del coche. Detrás de ellos habían quedado las luces de Nueva York, como sumergidas en la distancia y la lluvia. Delante, el discretamente iluminado edificio de dos pisos rodeado de un amplio jardín. Seguía lloviendo, pero con escasa intensidad; la lluvia parecía una cortina de delgadísimos hilos brillantes.

—Llevad el coche al garaje —dijo Lonespy.

Mientras los supuestos Resminov y Carreño llevaban el coche hacia el garaje, Lonespy y Baby entraron en la clínica. Tras el mostrador de recepción había un hombre joven y atractivo, de expresión simpática, que contempló con leve curiosidad a la anciana, pero enseguida miró a Lonespy al oír la voz de éste preguntando:

—¿Alguna novedad, Steve?

—No señor, ninguna. Todo normal.

—Avisa a los doctores Dunn y Merlington de que he llegado con el nuevo elemento. Y al equipo de control. Los espero en mi despacho.

—Sí señor.

El llamado Steve descolgó el auricular del teléfono interior. Lonespy, en su caracterización de señora Durbin, que por cierto no había inmutado al recepcionista, tomó de un brazo a la anciana, y la orientó hacia el pasillo.

Segundos después entraban en un despacho amplio y confortable, con un gran ventanal frente a la puerta, pero oculto por densas cortinas de color granate. Lonespy cerró la puerta y miró con

gesto amablemente irónico a la anciana.

—Sea tan amable de desnudarse, por favor.

—¿Completamente?

—Se lo ruego. No creo que tenga frío aquí dentro.

—La calefacción es muy buena —asintió la anciana.

Comenzó a desnudarse, tranquilamente, sin prisa y sin pausa, Todo parecía normal, corriente, vulgar. Lonespy la observaba en silencio, como indiferente, pero a medida que la anciana dejaba de parecer una anciana e iba apareciendo su verdadero cuerpo, una visible tensión fue siendo evidente en los labios de Lonespy.

Cuando la divina espía quedó completamente desnuda, Lonespy se acercó, y la examinó detenidamente de pies a cabeza. Luego, tomó la blanca peluca, la estuvo mirando unos segundos, y volvió a mirar a Brigitte.

—Su cuerpo no encaja con su rostro. Por favor, quítese también ese maquillaje. Así, resulta grotesca.

Brigitte fue al sillón donde había dejado el bastón y el maletín forrado de raso negro, abrió éste, y tomó un trocito de algodón, que empapó en el líquido contenido en una botellita tallada artísticamente. Se pasó el algodón por la cara, y las arrugas fueron desapareciendo… Finalmente, Lonespy tuvo ante él, completamente desnuda, a la señorita Brigitte Bierrenbach Montfort, alias Baby. Y había ahora una expresión entre sorprendida e incrédula en sus facciones.

—Usted es la periodista Montfort.

—Sí. ¿Y usted quién es?

Lonespy asintió, y procedió a su vez a despojarse de su disfraz. Llevaba rellenos, senos de espuma, y otros aditamentos que habían estado engrosando su figura.

En pocos segundos, ante Brigitte quedó un hombre de mediana estatura y corpulencia, en ropa interior. Lo último que Lonespy se quitó fue la peluca estropajosa, dejando al descubierto una cabeza redonda, de increíble perfección esférica, con calvicie muy avanzada. Utilizando un algodón y el contenido del frasco de Brigitte, retiró también la gruesa capa de maquillaje, y fue apareciendo el rostro masculino, con la leve sombra de la bien afeitada barba.

—¿Me conoce? —preguntó, mirando fijamente a Brigitte.

—No.

—Seguramente, sabría muchas más cosas de mí si se hubiesen molestado en tomar las huellas digitales de Lewis Morley.

—Bueno, como Lewis Morley me resultó usted simpático, y, sinceramente, no le concedí demasiada importancia. Ya ve, todos cometemos errores… Incluso yo. Pero dígame, ¿quién es usted?

Lonespy fue hacia un armario empotrado en una pared, sacó unos pantalones, zapatos, una camisa…

Se lo fue poniendo todo en silencio. Luego, se puso una bata blanca, y fue a sentarse tras la mesa del confortable despacho, sobre la cual extendió las manos.

—Mi verdadero nombre es Thomas Sunderlay. Soy médico, y actualmente ocupo el cargo de director de esta pequeña y poco afortunada clínica privada. Pero antes fui agente del FBI.

Brigitte se limitó a entornar los párpados, pero no pudo ocultar un destello de interés en sus ojos.

—Me parece que la he sorprendido un poco —sonrió Lonespy.

—Debo admitirlo.

—Sí, es natural… Terminé mi carrera de Medicina, pero para entonces había comprendido ya que no era ése mi camino. Me aburría. De modo que, para evitar el aburrimiento, fui a ofrecer mis servicios al FBI. Fui sometido a diversas pruebas, y, finalmente, aceptado… Durante más de diez años estuve en ese organismo…

—¿Hasta que lo expulsaron?

—No. Me retiré voluntariamente. Dije que prefería dedicarme de nuevo a la medicina, y mis superiores fueron muy comprensivos. No se puede reprochar a un hombre que decida proseguir de un modo definitivo una carrera como la de médico, ¿verdad?

—Claro que no. Pero pienso que después de diez años sin ejercer, no le debió de resultar fácil encauzarse de nuevo. En diez años, la Medicina evoluciona mucho.

—Es cierto. No fue fácil, no… Me llevó un tiempo, pero lo conseguí… Un hombre lo consigue todo cuando tiene una idea concreta, unos planes determinados, y suficiente voluntad para dedicarse exclusivamente a ellos.

—¿Qué planes?

—La Medicina sigue aburriéndome. Sin embargo, poco a poco, fui recuperando el terreno perdido, y entonces conseguí mi objetivo:

ser nombrado director de una clínica como ésta. Puesto que tengo que atender mi cargo de director, comprenderá usted que prácticamente no ejerza como médico propiamente dicho.

—Nadie puede partirse en dos, desde luego. ¿Por qué quería ser director de una clínica como ésta?

—Para seguir con mis planes. ¿No quiere saber por qué dejé el FBI? Brigitte reflexionó unos segundos, y, por fin, encogió los hombros.

—Usted ha dicho que fue para dedicarse de nuevo a la Medicina, pero está bien claro que eso no era cierto, ya que la Medicina le aburría y le sigue aburriendo. Eso lo entiendo, pero no puedo adivinar por qué se fue del FBI.

—Eran todos unos cerdos.

—¿Los del FBI?

—Sí… Pero no los simples agentes, como yo. Ah, no, por ahí no tengo nada que decir. Había de todo, claro, pero en general eran personas… normales dentro de nuestra profesión. ¿Comprende?

—Por supuesto. ¿Quiénes eran unos cerdos?

—Los altos cargos. Poco a poco me fui dando cuenta de la increíble suciedad que lo manchaba todo. Bueno, no piense que estoy acusando de traición a los altos cargos del FBI. No, no, nada de eso. Por el contrario, siempre tenían muy buen cuidado de que nosotros los norteamericanos, ganásemos en todo. Pero, incluso en acciones de seguridad interna del país, jugaban sucio muchas veces. ¿Cómo se lo explicaría…? Las cosas no eran lo que eran realmente, sino que tenían que ser lo que ellos querían que fuesen. Y para conseguir cualquier objetivo más o menos importante, recurrían a todo: mentiras, chantajes, delaciones, juego sucio… Me parece que no podría usted hacerse una idea de la… podredumbre que hay en cierto nivel del FBI.

—Se equivoca —sonrió secamente Brigitte—… Sólo tengo que pensar en la que hay en la CIA para hacerme una idea muy aproximada.

—Ah, sí, claro… Claro, tiene razón. ¿Sabe?: cuando yo estaba en el FBI ya se hablaba de Baby, pero luego, en todo el tiempo que tardé en ir escalando puestos hasta llegar aquí, francamente, la olvidé. Sin embargo, cuando comencé a poner en práctica mi plan, sus compañeros, y otros espías, me hablaron de usted. Para

entonces, yo estaba bastante decepcionado sobre los resultados de mi plan, así que la existencia de usted me abrió las puertas a una nueva esperanza… ¿Por qué no?, me dije. Si ella es tan… extraordinaria como dicen que ha llegado a ser, puede servirme. Y tengo la impresión de que es usted lo bastante extraordinaria. Si no lo fuese, no habría sido capaz de pensar lo suficiente para ir al apartamento de… la señora Durbin: es decir, que usted ató cabos sueltos, supo o intuyó parte de la verdad, y fue al apartamento, a esperarme. ¿Cierto?

—Sí. Pero supongamos que no hubiese ido allá, que no hubiese sido capaz de llegar a conclusiones inteligentes. ¿Qué habría pasado?

—La habría matado. Y luego, seguramente, habría desistido de mi plan…, que tantos años he estado madurando.

—¿Qué plan?

—Como le decía, todo era pura mierda en las altas esferas del FBI. Llegué a saber cosas que me asquearon, me irritaron, me aterrorizaron… La conclusión final por mi parte fue que todo el mundo jugaba sucio. Y eso, precisamente eso, eran los que más alto estaban, los que más dinero ganaban, los que disponían de lo mejor de todo. Decidí que yo también quería lo mejor de todo. ¿Por qué ser un simple agente que se jugaba la vida por tonterías cuando podía ser uno de los privilegiados? Pero, me desengañé pronto: sería imposible que yo ascendiese hasta esos niveles. Todo lo más, podía llegar a ser un inspector jefe. Nada que colmase mis aspiraciones. Así que, asqueado por mi presente y mi futuro en el FBI, lo dejé…, tras haber comenzado a elaborar mis planes. ¿Todos jugaban sucio? Muy bien, yo también lo iba a hacer, y, desde luego, en cuanto mi plan comenzase a funcionar, sería importante… ¡Muy importante!

—¿A qué llama usted ser importante?

—Bueno, ser importante es ser… una persona que cuenta, ¿no? Yo quería ser tenido en cuenta, y… tomar parte en las grandes decisiones políticas y sociales.

—¿Para qué?

—Pues para ser importante.

Brigitte Montfort parpadeó.

Permanecía de pie, mirando con un leve desconcierto a Lonespy.

Tampoco ahora era difícil obtener conclusiones, sin embargo: simplemente, Lonespy era un ambicioso de poder y fuerza.

Decepcionante.

—¿Y qué tienen que ver sus deseos de ser importante con esos agentes secretos que usted ha secuestrado? —preguntó.

—En un principio pensé en sobornar espías de diversos servicios, pero pronto comprendí que eso no era factible. Sí, siempre se podía encontrar unos cuantos dispuestos a todo por dinero, pero, en primer lugar, yo no tenía dinero. Y en segundo lugar, fatalmente, llegaría el momento en que uno de esos espías que yo habría sobornado habría estado, simplemente, trabajando para su servicio, llegaría al fondo de la cuestión, sabría lo que yo me proponía, y entonces yo sería eliminado. Ese futuro no me sedujo. Pero yo seguía necesitando espías reconocidos para mi plan, así que…

—Se dedicó a secuestrar a los que iba conociendo, y aquí, en esta clínica, fue haciendo dobles de ellos por medio de la cirugía facial…, seguramente dejando esta parte de la labor en manos de los doctores Dunn y Merlington.

—¡Exacto! Durante más de un año me dediqué, junto con algunos hombres de mi confianza, a ir localizando agentes secretos en todo el país. Luego, busqué tipos que se pareciesen en líneas generales a esos espías, y los contraté. Como usted comprenderá, estos tipos eran gente… poco escrupulosa, dispuestos a cualquier cosa si se les ofrecía mucho dinero…, incluso a cambiar de cara.

—Pero usted ha dicho que no tenía dinero.

—No, no lo tenía. Ni lo tengo. Pero lo tendré cuando mi plan comience a funcionar. Fíjese bien: yo secuestro espías reconocidos… oficialmente, los retiro de la circulación, y, utilizando a mis empleados, obtengo dobles de ellos. De este modo, ahora tengo dobles de agentes rusos, americanos, franceses, chinos, británicos, cubanos, canadienses… Merlington y Dunn son expertos en cirugía plástica. Han hecho trabajos admirables… Y la prueba la tienen ustedes en Cosme Entenza, por ejemplo. ¿Alguien dudó que el hombre que quería matar a Barry era Cosme Entenza?

—No.

—¿Alguien dudó que el hombre que ha matado esta tarde a un diplomático francés era el agente británico Arnold Peale?

—No.

—¿Se da cuenta? De este modo, yo dispongo de espías de todas las nacionalidades y servicios. Así las cosas, si yo quiero que un agente secreto determinado mate a un general americano, por ejemplo, sólo tengo que enviar allá un doble, y el trabajo es realizado. Ahora, supongamos que yo quiero que el mundo crea que un agente de la CIA ha asesinado… al señor Portillo, el presidente mejicano. ¿Qué hago? Pues, envío allá al doble de un agente conocido de la CIA, el doble asesina al presidente mejicano, y ya está: el mundo entero sabe que un agente de la CIA ha asesinado al señor Portillo.

—Entiendo —musito Brigitte, pálida—. Pero ¿qué gana usted con eso?

—Dinero en cantidades increíbles…, y poder. Porque eso sería lo que exigiría a mis socios: dinero y poder.

—¿Sus socios? ¿Qué socios? ¿A quiénes se refiere?

—Oh, no sé, todavía no tengo decidido eso. ¿Qué más da? Mis socios serán los que estén dispuestos a pagar mejor en todos los aspectos mi… invento. Sólo a título de ejemplo, tomemos a China… Si China acepta mis condiciones, dispondrá de agentes de todos los servicios secretos del mundo, los cuales harán lo que quiera China…, que naturalmente, jamás sería mencionada. ¿A quién se le ocurriría relacionar a China con el hecho de que un agente ruso hubiese asesinado a un político alemán, de que un agente americano hubiese matado al rey de España, de que un agente británico hubiese colocado una carga de bombas en una embajada italiana, de que un húngaro disparase con metralleta contra un coche lleno de militares coreanos…? De este modo, China podría ir llevando a cabo todas las acciones criminales que quisiera sin que la mencionasen ni una sola vez, y pudiendo, en cambio, provocar todas las tensiones que quisiera entre otros países… ¿Comprende?

—Sí.

—Pues ésa es la idea. ¿A quién la ofreceré? Bueno, vamos a ver cómo terminan los primeros ensayos, no viene ahora de un año, ni de dos. Pero es que, además, tengo… algunas dificultades.

—¿Cuáles?

—Los hombres que trabajan para mí, los que son operados de modo que sus rostros se convierten en los rostros de los agentes secretos a quienes representarán, no son… demasiado inteligentes.

Ya que tengo que basarme esencialmente en el aspecto físico, no tengo mucho donde elegir, claro está, Y así, me encuentro con que, si bien consigo ejemplares de gran parecido físico, no es así con sus cerebros La mayoría son valientes y están dispuestos a todo, pero, hablando en términos corrientes, son más bien tontos, los pobres. Y comprenderá que para realizar determinados actos hace falta tener un mínimo de inteligencia y de iniciativa. Así pues, tengo robots físicamente bien logrados, pero de escasa inteligencia… Es una lástima que no sean como usted, por ejemplo. Aunque quizás eso pueda arreglarse.

—¿Quiere decir que puede volver listos a los tontos?

—¡Ésa es la idea!

—Es una idea absurda. ¿Cómo podría conseguir eso? La inteligencia no se… esculpe en un cerebro como unas facciones…

—¿Por qué no? —sonrió Lonespy—. Merlington y Dunn aseguran que sí puede hacerse.

Brigitte Montfort se irguió, en su bellísimos ojos azules apareció la expresión de incredulidad…, y de alarma.

En aquel mismo momento, la puerta del despacho de Lonespy se abrió.

# Capítulo IX

Entraron seis hombres.

Dos de ellos llevaban bata blanca, habían dejado atrás los cincuenta, y su aspecto era inofensivo, delicado, intelectual. Uno de ellos llevaba gafas. El otro era completamente calvo.

De los otros cuatro, no había ninguno con gafas ni con calvicie. Ninguno tenía más de treinta y cinco años, eran altos, fuertes, de expresión hermética… Cada uno de ellos empuñaba una pistola provista de silenciador.

Lonespy se puso en pie, sonriendo.

—Ah, le presento a los doctores Merlington y Dunn —señaló respectivamente al de las gafas y al calvo—… Dos auténticos… artistas faciales. Pero esa labor es… como un juego para ellos. Sus méritos profesionales alcanzan a mucho más. Por ejemplo: están capacitados para abrir un cerebro humano y… estudiarlo. Caballeros, les presento a… la agente Baby, de la CIA.

Los cuatro pistoleros contemplaban la desnudez de Brigitte con mirada lúbrica, codiciosa, pero Merlington y Dunn se acercaron a ella con toda naturalidad, tendiendo su diestra.

—¿Cómo está usted? —se interesó Dunn.

—Encantado, señorita —dijo Merlington.

Brigitte los miró, fríamente, sin aceptar las manos que le ofrecían. Los dos parecieron un tanto sorprendidos, y miraron a Lonespy, que sonreía como divertido.

—Mucho me temo que no le resultan ustedes simpáticos a la señorita Baby —dijo—. Y me parece que la culpa la tengo yo, por haberla informado de lo que son ustedes capaces de hacer.

Los dos asintieron, y miraron a Brigitte con renovada curiosidad.

—Parece muy inteligente —comentó Merlington.

—Lo es —aseguró Lonespy.

—Bueno, en ese caso nosotros estamos dispuestos a empezar a

trabajar cuando quiera… —aseveró Dunn.

—Va a ser una lástima afeitar una cabellera tan bonita —se compungió Merlington.

—Eso son pequeños problemas —sonrió Lonespy de nuevo—… Los últimos problemas. Porque, con esta mujer, todos nuestros problemas han terminado, estimados colegas. En primer lugar, cuando le… quiten la tapa del cráneo, dispondrán ustedes de un cerebro de primera magnitud en el que estudiar, a fin de, tomando modelo de él, efectuar luego las… alteraciones adecuadas en el cerebro de nuestros robots para dotarlos de una prodigiosa inteligencia. En segundo lugar, cuando la señorita haya fallecido nuestros apuros económicos habrán terminado, puesto que por su cadáver nos pagarán cinco millones de dólares… ¿No es ése el precio de su cabeza en el mercado del espionaje, Baby?

Ésta se pasó la lengua por los labios, para acto seguido hacer una pregunta que sorprendió a todos:

—¿Dónde están mis colegas, todos los espías que han ido secuestrando?

—¡Pero cómo…! ¿No lo ha comprendido? —Lonespy estaba en verdad asombrado—. ¡Están muertos todos, naturalmente! Una vez se obtuvo copia de sus rostros, ya no los necesitábamos para nada. Sólo habrían ocasionado molestias. De modo que fueron eliminados e incinerados. A quienes tenemos bien instalados en diferentes departamentos de la clínica es a sus dobles, claro está. Los originales ya no existen. Llevadla al quirófano —terminó, mirando a los cuatro pistoleros.

—¿Le afeitamos la cabeza? —sonrió uno de ellos.

—¡Claro que no! —saltó Dunn—. ¡De eso nos encargaremos el doctor Merlington y yo! ¡Nadie más que nosotros debe tocar a esta mujer!

—Muy bien. Vamos, señorita.

Brigitte miró al pistolero, y luego a Lonespy.

—¿Puedo ponerme una bata? —murmuró—. No quisiera andar desnuda por ahí fuera…

Lonespy alzó las cejas, pero no tuvo nada que oponer. Él mismo fue al armario, sacó otra bata, y se la entregó. Brigitte se la puso, y, en silencio, se dirigió hacia la puerta. Uno de los pistoleros la abrió y salió en primer lugar. Brigitte lo hizo después, y acto seguido lo

hicieron los otros tres hombres. Caminaron los cuatro por el pasillo, Brigitte en el centro del rectángulo que formaban; no podía estar más pálida. No sólo por el conocimiento de los planes de Lonespy, sino por la información que éste le había facilitado: todos los espías secuestrados, habían sido… eliminados e incinerados. Todos.

Caminaron por un pasillo, luego por otro que hacía ángulo recto con el anterior. Al fondo había una doble puerta pintada de blanco, y encima se leía la indicación de los quirófanos. Entraron en éstos.

—Siéntese —señaló uno de los hombres un blanco taburete—. Ellos no tardarán en venir.

Ella se volvió a mirarlos, después de desengañarse respecto a la existencia en el quirófano de otra salida que no fuese la puerta, ocupada por los cuatro. Todo iba a ser más difícil, pero, ciertamente, antes de consentir que le cortasen el cabello y le mondasen el cráneo como si fuese un coco, estaba dispuesta a todo contra aquellos hombres que, entre otros espías, habían asesinado a tres Simones.

Dispuesta a todo.

Así que alzó la mano izquierda, se mordió la uña del dedo meñique, y tragó algo, rápidamente.

Tan rápidamente, que los cuatro pistoleros se quedaron mirándola pasmados, sin comprender, durante un par de segundos…

—¡Ha tragado algo! —exclamó de pronto uno de ellos—. ¡Jim, ve a buscarlos inmediatamente, corre!

Uno de los hombres, lívido, dio media vuelta y se precipitó fuera del quirófano, mientras los otros tres saltaban hacia Brigitte, guardando a toda prisa sus pistolas, para tener las manos libres a fin de sujetarla.

—¡Debe de ser un veneno! —jadeó uno de ellos—. ¡Maldita sea la puta que la…! ¡Si muere ella nos la vamos a cargar! ¡Roddy, busca un vomitivo, cualquier cosa que…!

No hacía falta que Roddy buscase ningún vomitivo: Brigitte se crispaba en aquel momento bajo el impulso de un pequeño vómito, y los tres hombres, que ya la iban a sujetar, quedaron súbitamente inmóviles. No comprendían nada. Ella retrocedió, limpiándose con una manga de la bata el labio inferior…

—¡Roddy, busca eso, idiota!

Uno de los hombres corrió hacia una ancha vitrina llena de recipientes con etiquetas. Los otros dos reanudaron su acercamiento a Brigitte, diciendo uno de ellos:

—¡Vamos a colocarla boca abajo, a ver si…!

La mano derecha de la espía salió disparada hacia su rostro, las uñas de tres dedos se clavaron en los ojos del hombre, dos en uno y una en el otro. El pistolero lanzó un berrido espantoso, se llevó las manos a los ojos, retrocedió, y cayó sentado. El otro no tuvo tiempo de reaccionar: Brigitte disparó su pie derecho, acertándolo de lleno en los testículos, y el hombre chilló espantosamente al mismo tiempo que se encogía, para comenzar enseguida, a caer hacia delante.

Y hacia delante había saltado también Brigitte acto seguido, de modo que cayó de rodillas ante el hombre, metió una mano en busca de la pistola, y se volvió hacia el que había ido en busca de algún vomitivo a la vitrina.

El hombre se había vuelto, mirando con ojos saltones la inesperada, velocísima escena, incapaz de reaccionar en el breve espacio de tiempo transcurrido desde el grito del primero de sus compañeros en recibir la agresión…

Cuando vio la pistola de su compañero segundo en la mano de Brigitte, lanzó un respingo, palideció, y su mano se movió frenéticamente en busca de la suya…

Plop, chascó la pistola que empuñaba Brigitte.

La bala acertó al hombre en el centro de la frente, lo tiró ya muerto, de espaldas contra la vitrina, y finalmente lo derribó de bruces, tieso como un palo. En aquel momento Brigitte recibía en un lado del cuello el golpe aplicado por el hombre al que le había arrebatado la pistola. El impacto fue tan fuerte que la espía rodó por el suelo, como traspasada por el intensísimo dolor, pero sin soltar la pistola.

El pistolero se puso en pie, tambaleándose, tan pálido que parecía muerto. Plop, disparó de nuevo la espía.

El hombre cayó también hacia atrás, de espaldas sobre su compañero ciego, que aulló con más fuerza, con una tonalidad aguda de locura. Pero enseguida, y siempre gritando, sacó su pistola, y comenzó a disparar como enloquecido a todos lados. Una de las balas pasó por encima de la cabeza de Brigitte, tan cerca que

agitó sus cabellos; otra rebotó en la pared, otra reventó una de las potentes luces del quirófano…

Comprendiendo el riesgo que para su vida significaban los incontrolados disparos de aquel hombre, Brigitte no tuvo más remedio que disparar contra él. Cesaron los gritos, cesó todo sonido. La espía saltó sobre los cadáveres de dos de los hombres, y salió al pasillo a toda prisa.

Los vio a los cuatro al mismo tiempo que oía sus voces:

—¡Ahí está…!

—¡No la mates!

Eran Lonespy, Dunn, Merlington, y el pistolero llamado Jim, que acudían a todo correr hacia los quirófanos. Por detrás de ellos llegaban más hombres, casi todos con batas blancas, pero Baby sabía que todos eran sus enemigos. En una clínica en la que, posiblemente, se atendía público corriente, que nada debía sospechar, Lonespy había reunido un grupo de gente dispuesta a secundarlo en todo hasta conseguir sus planes definitivos.

Lonespy…

El pistolero había oído perfectamente la orden de no matar a la espía, pero el hombre vio la pistola que empuñaba ésta, se atragantó con el susto que se llevó al ver que apuntaba hacia él, y se tiró de bruces al suelo, mientras buscaba su arma…

Lonespy.

Plop, disparó la espía más implacable del mundo.

El ojo derecho de Lonespy reventó en un oscuro y brillante surtidor, y el hombre cayó hacia atrás dejando en el aire un tremolante grito que duró apenas una décima de segundo, el tiempo que tardó la bala en alojarse en su cerebro dejando atrás un ojo reventado espantosamente.

En el pasillo, los dos médicos, poco menos que histéricos, organizaron tal confusión con su caída y sus gritos que ni siquiera Jim tuvo tiempo de nada.

Cuando finalmente consiguió sacar la pistola, la divina espía ya no estaba a la vista.

—¡Pero…! —exclamó.

—¡Ha entrado en una habitación! —Le llegó de atrás la voz de un hombre que, con cinco o seis más, corrían hacia él.

Jim se puso en pie, y se unió al grupo perseguidor, tras mirar un

instante el trágico aspecto del cadáver de Lonespy.

Y, mientras el grupo de hombres corría hacia la puerta por la que habían visto desaparecer a Brigitte, ésta saltaba fuera de la clínica, por la ventana de aquella habitación, sin problema alguno, ya que estaba en la planta baja. Inmediatamente, corrió hacia las frondas del jardín, desapareciendo en el acto entre unos arbustos… Allí escondida, vio aparecer en la ventana a varios hombres, que comenzaron a saltar al exterior. Pero no disparó. Si disparaba iba a delatar su posición aunque sólo fuese por los fogonazos del arma, y, si aquellos hombres se decidían a disparar también, iba a llevar la peor parte…

En aquel momento apareció el primer coche.

Sus luces largas fueron hacia la entrada principal de la clínica, pero, enseguida, llegó el segundo coche, y sus luces se dirigieron hacia el grupo de hombres que había saltado por la ventana… Tras el doble par de haces de luz, varias sombras corrían, alejándose del coche respectivo, mientras se oía una voz clara y fuerte:

—¡Todo el mundo quieto! ¡No nos obliguen a disparar! ¡La CIA!

La respuesta fueron varios disparos efectuados con silenciador. De cada coche, un faro saltó hecho pedazos…, pero desde cerca de cada coche, los agentes de la CIA, comenzaron a disparar a su vez, y los empleados de la clínica se encontraron envueltos en tal cortina de plomo que comenzaron a chillar y a tirar lejos sus armas…

—¡Todos bien separados, tendidos boca abajo y con las piernas y los brazos separados del cuerpo, los dedos de las manos bien extendidos! —Llegó de nuevo la voz—. ¡Vamos, vamos, deprisa!

—¡Simón! —gritó Brigitte—. ¡Cuidado, la clínica está llena de hombres! ¡Sus rostros son conocidos, pero no son quienes ustedes creerán, sino sus dobles! Disparen CONTRA TODO AQUEL QUE SE RESISTA… ¡Los nuestros fueron asesinados, y también los demás agentes…!

—¡Ya habéis oído! —gritó Simón-Floristería, mientras por los lados de la clínica aparecían más agentes de la CIA, a pie—. ¡No os dejéis engañar! ¡Disparad contra todo aquel que no se rinda en el acto!

Brigitte se dejó caer sentada en el suelo, soltó la pistola, y se llevó las manos al rostro.

¡Tantos espías asesinados…!

No se habían rebelado, no habían cometido traición… Simplemente, habían sido utilizados y asesinados. Sí…, de nuevo ocurría, una vez más la profesión pagaba sangriento tributo…

Notó la presión en un hombro, y retiró las manos del rostro. Junto a ella, de pie, estaba Charles Alan Pitzer, rígido el rostro.

—¿Está bien, Brigitte? —se interesó con voz tensa.

—No —musitó *Baby* Montfort—… No me siento nada bien, tío Charlie…

## Este es el final

—O sea —murmuró Miky Grogan, jefe periodístico de Brigitte Montfort—, que usted ya se había preparado para cualquier contingencia.

—Así es —asintió Brigitte—… No sólo había avisado a tío Charlie de mis sospechas, sino que, cuando fui al apartamento de la… señora Durbin, había tragado ya un pequeño emisor de señales que funcionaba con el calor de mi estómago; lo he utilizado otras veces… Y llevaba además un vomitivo especial en la uña, así que cuando lo ingerí, forcé a mi estómago a la… evacuación, y el emisor salió: claro está, en cuanto perdió el calor de mi estómago, dejó de funcionar…, lo que, para tío Charlie, que nos había seguido a distancia utilizando el receptor de señales, significó la señal de ataque.

—Y entonces fueron detenidos los médicos, detenidos también los hombres que se rindieron, muertos los demás… En resumen, usted ha vuelto a hacer… limpieza.

—Y en estos momentos —intervino Pitzer, también reunido en el salón del apartamento de Brigitte—, firmados por Baby, los informes sobre lo sucedido están camino de los directorios de varios servicios secretos. Asunto terminado.

—Vaya… ¡Menos mal que todo ha terminado bien! —exclamó Grogan.

Se miraron unos a otros, desconcertados. Minello estaba allí también, naturalmente. ¡Bueno era él para perder la posibilidad de estar en compañía de su amadísima Brigitte!

La cual, sorprendida más que nadie por su silencio, preguntó:

—¿Te encuentras bien, Frankie?

—¿Qué? —Alzó la cabeza Minello—. ¿A quién le hablas?

—¡A ti! ¡A Frankie!

El ceño de Minello se frunció.

—Te equivocas —gruñó—… Yo no soy Frankie.

—¿Ah, no? Pues… ¿quién eres?

—Este rostro que ves aquí —se señaló—, es falso. Es un rostro hecho a golpe de bisturí.

—¡Ooooooh…! ¿Y cuál es tu rostro verdadero? ¿Quién eres tú, si no eres mi amigo Frankie?

—En realidad —dijo él, poniéndose en pie—, soy Número Uno, así que dejémonos de tonterías, despide a toda esta gente, y vámonos a la cama, a reventar de pasión… ¡¿No me has oído?!

—¡Te he oído! —rió la divina—. Pero un rostro no es nada, Frankie…, digo Uno. Resulta que yo no soy Brigitte Montfort, sino una vieja bruja con el rostro de Brigitte.

—¡Pues la hemos fastidiado! —Gruñó Minello—. ¡Zambomba, para una vez que tenía un buen truco…!

**FIN**

# Notas

[1] Ver la aventura titulada *Asesinos asesinados*. < <

[2] *Lone spy* en inglés significa «espía solitario». < <